LOS HOMBRES de la historia

144

La Historia Universal a través de sus protagonistas

Cesar

Giovanni Ferrara

Centro Editor de América Latina



El exitoso militar, émulo de la gloria de Pompeyo, el conquistador de Galia, el hábil político enredado en los tormentosos acontecimientos de las postrimerías de la República, traspone la vida el 15 de marzo del 44 e ingresa en el mito.

A partir de entonces se elaboran sobre él todo tipo de hipótesis, quizá porque había arrojado tantos hilos, tan complejos, hacia el futuro, y ese futuro no llegó quedando su proyecto inconcluso y su vida abierta a todas las interpretaciones.

¿Representante de un orden que perece o forjador de un nuevo mundo; hábil político republicano par de Craso, Cicerón, Pompeyo o futuro emperador de una corte a la manera oriental?

Teorías opuestas - el César de Syme y el de Carcopino - coexisten. Aquí quiere vérselo como el protagonista de la crisis, el hombre del fin de la República Romana, conocedor y hábil conductor de las fuerzas de su tiempo. Su infancia y adolescencia, vividas a la sombra de las luchas entre partidarios de Mario y de Sila preparan sus años de presión sobre la historia romana. Opositor de Sila se perfila pronto como un nuevo Mario; Roma empieza a conocerlo y asciende rápidamente en el **cursus honorum:** cuestor, pontífice máximo, propretor en España, triunviro, cónsul y Gobernador de Galia; finalmente, opositor de una casta nobiliaria y victorioso invasor de Italia.

Sabe de las alianzas desprejuiciadas y del poder que da el ejército; los testimonios de su pensamiento, sus **Comentarios** y sus discursos, lo muestran lúcido y perspicaz observador del momento. Es particularmente revelador en este sentido el discurso que nos conservara Salustio en el que se lo ve consciente como nadie del deterioro de la República.

Quiso verse en su deseo de la corona el preámbulo del imperio: es difícil establecerlo, fue entonces que el brazo de Bruto lo arrancó de la historia y lo empujó hacia el mito.

Esta obra fue publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director Responsable: Pasquale Buccomino.
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

144 - César - La Edad de Grecia
Este es el quinto fascículo del tomo La Edad de Grecia (Vol. 2).
La lámina de la tapa pertenece al tomo La Edad de Grecia (Vol. 2) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 144:
Scala, Mairani, G. Pozzi Bellini, Alinari, Tomsich, L. Perugi, Gabinete fotográfico nazionale, Roma, SEF, Rosso.

Traducción de Antonio Bonano.

Cangallo 1228 - Buenos Aires
Sección Ventas: Rincón 87 - Buenos Aires

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Hecho el depósito de ley.
Impreso en los Talleres Gráficos de Sebastián de Amorrortu e hijos S. A., calle Luca 2223.

Cesar

Giovanni Ferrara

102 ó 101 ó 100 a. C.
12 de julio. Nace Cayo Julio César, hijo de C. Julio César, de familia patricia y que cubrirá el cargo de pretor. Una tía paterna del futuro dictador se había casado con Cayo Mario.
Este mismo año, Cayo Mario, cónsul por sexta vez, apoya la política de L. Apuleyo Saturnino y C. Servilio Glaucia contra el partido senatorial.
La ley agraria presentada por Saturnino suscita la reacción de la oligarquía romana, la que elimina a los dos jefes del partido popular.
Mario parte para Asia.

91 a. C.
El tribuno de la plebe Livio Druso propone, con la restauración de las leyes agrarias de los Gracos, que la administración de la justicia vuelva al control de los senadores; que el senado sea aumentado con 300 miembros tomados del orden ecuestre y que se extienda la ciudadanía romana a los itálicos. Misteriosa muerte de Livio Druso. Guerra social (91-89 a. C.): los confederados forman una república (capital, Corfinio) según el modelo romano. Las victorias de los confederados llevan a la revuelta a una parte de los etruscos y los umbros. *Lex Iulia*: se concede la ciudadanía romana a todas las ciudades de la península que siguen fieles a Roma (comprendida la Galia Cisalpina).

89 a. C.
Lex Plautia Papiria: se concede la ciudadanía romana a los itálicos que se someten dentro de los 60 días (el año siguiente se le concederá el derecho itálico a la Galia Transpadana). Victorias militares de C. Sila.

89-88 a. C.
Primera guerra mitridática provocada por la masacre de los romanos en Asia, ordenada por Mitrídates, rey del Ponto. Sila recibe del senado el comando militar de la guerra.

88 a. C.
Guerra civil entre Mario y Sila, que concluye con el triunfo de Sila y del partido senatorial. Mario huye a África.

87 a. C.
El cónsul Cornelio Cina apoya a la facción mariana: Sila es proscripto y sus partidarios perseguidos.
En Verona nace el poeta C. Valerio Catulo.

86 a. C.
Consulado de Mario y Cina; muerte de Mario.
Batalla de Queronea: Mitrídates es derrotado por Sila. Valerio Flaco y Flavio Fimbra son enviados a Asia para reemplazar a Sila.
En Amiterno nace G. Salustio Crispo (m. 35 a. C.), autor del *Bellum Iugurthinum* y de las *Historiae*.

85 a. C.
Conferencia de Dardano (verano): Mitrídates vuelve al Ponto, abandonando las conquistas precedentes.

84 a. C.
Congreso de Efeso reunido por Sila para regular la situación asiática. Muerte de Cina; Sila vuelve a Italia.

83 a. C.
C. Julio César desposa a Cornelia, hija de Cina, enemistándose con Sila. En Asia, segunda guerra mitridática (83-81 a. C.) y victoria del delegado de Sila, Murena, sobre Mitrídates.

82 a. C.
Batalla de Porta Colina y derrota del partido mariano.

81-79 a. C.
Sila se hace proclamar dictador; sus adversarios son proscriptos. Reformas del Estado con el fin de reformar y garantizar el poder del senado (600 senadores), sobre todo en materia judicial. Se restringe el poder de los tribunos de la plebe. Durante la dictadura de Sila, César, si bien no proscripto, se aleja de Roma y parte para Asia, donde combate en el asedio de Mitilene, obteniendo una corona cívica.

80 a. C.
En España, revuelta de los lusitanos, guiados por Quinto Sertorio, exiliado mariano, victorioso hasta la muerte (72 a. C.) sobre los ejércitos romanos enviados a la península.

79 a. C.
Sila depone la dictadura; muere.

78-75 a. C.
Roma combate a los piratas del Mediterráneo; constitución de la nueva provincia de Cilicia.

77 a. C.
A la muerte de Sila, César, que ha vuelto a Italia, acusa al cónsul Dolabella de cohecho. Para perfeccionarse en el arte de la oratoria se marcha luego (75 a. C.) a Rodas, a la escuela de Molón.

74 a. C.
César es elegido en el colegio de los pontífices.
Al resucitar el recuerdo de las empresas de Mario, César obtiene el apoyo del partido popular.

73-71 a. C.
Tercera guerra mitridática: victoriosas campañas militares de L. Licinio Lúculo. Mitrídates se refugia cerca de Tigrane. Revuelta de los esclavos en Italia, capitaneados por Espartaco, vencido en el 71 a. C. por Licinio Craso.

70 a. C.
Consulado de Licinio Craso y Gneo Pompeyo. Pompeyo reforma el Estado, aboliendo gran parte de la constitución de Sila: a los tribunos de la plebe se les restituyen antiguos derechos y los tribunales son transferidos de los senadores a los caballeros. En los plebiscitos se reconoce la validez de las leyes.
Nace en Andes, Mantua, P. Virgilio Marón (m. 19 a. C.).

69 a. C.
Correrías de los piratas en el Mediterráneo. Lúculo vence a Mitrídates y a su aliado en Tigranocerta.

67 a. C.
Lex Gabinia que confía a Pompeyo la guerra contra los piratas, con poderes extraordinarios (*imperium infinitum*). César es elegido cuestor.

66 a. C.
Lex Manlia que confía a Pompeyo la guerra contra Mitrídates; campaña victoriosa de los romanos en el Ponto y en Armenia Menor.

65 a. C.
César es elegido edil curul.
En Venosa nace Horacio Flaco (m. 8 a. C.), poeta de la época augusta.

64 a. C.
Pompeyo se encarga de una primera organización de los Estados pónticos.

63 a. C.
Roma anexa el reino de Tigrane. Se constituyen las provincias del Ponto, de Bitinia y de Siria; Pompeyo ocupa Jerusalén.
César es elegido pontífice máximo.

63-62 a. C.
Conjuración de L. Sergio Catilina, desbaratada por el cónsul Cicerón. Catilina es derrotado cerca de Pistoya (62 a. C). La participación de César en la conjuración resulta cuestión de polémica. Si bien acusado, logra disculparse.

62 a. C.
César es elegido cuestor. Escándalo de Clodio; César repudia a su esposa Pompeya.

61 a. C.
César obtiene España Ulterior como propretor pero, abrumado por las deudas, sólo puede partir cuando Craso garantiza sus deudas ante sus acreedores. Pompeyo, de regreso de Asia, solicita la confirmación de los ordenamientos por él establecidos en Asia, el segundo consulado y la distribución de tierras para los veteranos. Oposición del senado.

60 a. C.
Primer triunvirato integrado por César, Pompeyo y Craso; este acuerdo, de carácter puramente político y mantenido en secreto hasta el 59 a. C., tiene como objetivo asegurar a los triunviros el apoyo recíproco en las aspiraciones políticas y contra las oposiciones del Senado.

59 a. C.
César cónsul; luego de hacer aprobar una ley agraria en favor de los veteranos de Pompeyo, César hace confirmar por el senado los actos de Pompeyo en Asia, y obtiene para sí, por la duración de cinco años, el gobierno de la Galia Cisalpina, de la provincia Narbonense y de Iliria.
Los jefes del partido senatorial, Catón y Cicerón, son alejados de Roma.

58 a. C.
Se inicia la campaña militar de César para conquistar Galia (58-51 a. C.). Atacados y vencidos los helvecios en Bibracte (o Autun), César obliga a Ariovisto a cruzar nuevamente el Rin.

57 a. C.
En la primavera César ataca a los belgas, conquistando la Galia belga.

56 a. C.
Victorias de César y de la flota romana comandada por Décimo Bruto sobre los vénetos; Britania es conquistada; contemporáneamente, Craso, el hijo del triunviro, somete a los aquitanos.
Hacia fines de año, los triunviros se encuentran en Luca, con el fin de obtener: César, la prórroga de su comando en las Galias por otro quinquenio; Pompeyo, el gobierno de África y de España; Craso, el de Siria. Además, Pompeyo y Craso se presentan como candidatos para el consulado del año siguiente.

55 a. C.
Los germanos son expulsados hasta más allá del Rin; César atraviesa el río, devastando sus territorios; en el verano, atravesando la Mancha, vence a los británicos en las costas.
Pompeyo y Craso son cónsules.
Cicerón comienza a escribir la *República*, obra dialéctica en 6 libros, en la que ilustres personajes del pasado discuten de la forma óptima del Estado.

55 a. C. (o 54)
Muere Lucrecio (n. 95? a. C.) que en el poema *De rerum natura*, inconcluso, expuso la doctrina filosófica de Epicuro.

54 a. C.
Nueva campaña de César contra los británicos; los romanos se extienden hasta más allá del Támesis. Expedición de Craso contra los partos: llega a la Mesopotamia.

54 a. C. (o 52)
Muere Catulo.

53 a. C.
Insurrección de los galos guiados por Vercingetorix, rey de los avernos. En Carre, a orillas del Éufrates, el rey de los partos, Orodes II, derrota a Craso, luego muerto. El río Éufrates marca el confín con el reino pártico.

52 a. C.
Luego de la grave situación interna provocada por los encuentros de las facciones capitaneadas por Clodio y Milón, Pompeyo es elegido cónsul "sin colega" con el objetivo de restablecer el orden: el acercamiento de Pompeyo al senado aumenta la posibilidad de ruptura con César.
Luego de conseguir una prolongación de otros cinco años en el gobierno de España y de África, al expirar el consulado Pompeyo hace elegir a Claudio Marcelo como cónsul.
En Galia, Vercingetorix, asediado en Alesia, se rinde a César.

51 a. C.
César publica los *Commentari de bello gallico*.
La Galia está nuevamente bajo el control de César.

50 a. C.
El cónsul Claudio Marcelo, instrumento de Pompeyo, propone que César sea llamado para que regrese de Galia diez meses antes del vencimiento de su mandato. Fracasada la propuesta, el tribuno Curión propone que los dos procónsules abandonen contemporáneamente el comando de sus respectivas provincias.

49 a. C.
El senado le ordena a César que abandone el comando de las Galias y le confía a Pompeyo la misión de defender la república; el 13 de enero César atraviesa el Rubicón (confín entre la Galia Cisalpina e Italia) y ocupa las ciudades de la costa adriática.
Pompeyo, seguido por la mayor parte de la aristocracia senatorial y por los dos cónsules, se embarca en Bríndisi hacia Grecia.
César, entonces amo de Italia, confía a M. Lépido el gobierno de Roma y a Marco Antonio el comando militar en Italia, y derrota en Ilerda (España) a los lugartenientes de Pompeyo, Afranio y Petreyo. También M. Terencio Varrón, en la España Ulterior, se rinde a César. La misma suerte siguen Sicilia y Cerdeña.
África está en manos de los pompeyanos; el rey numida Juba derrota al delegado de César, Curión.

48 a. C.
César desembarca en Epiro; Pompeyo se atrinchera en Durazzo; César, luego de largo asedio, sufre la derrota por parte de Pompeyo. Para escapar al enemigo, se retira a Tesalia.
9 de agosto: batalla de Farsalia y derrota de Pompeyo, quien se refugia en Egipto. Allí, Tolomeo lo hace matar.
César termina los *Commentari de bello civili*.

48-47 a. C.
En Egipto, César apoya a Cleopatra contra su hermano Tolomeo XIII, pero la sublevación de la población de Alejandría (octubre del 49 - marzo del 47 a. C.) lo obliga a sufrir un peligroso asedio. Vencidos los egipcios en el Nilo y ascendida al trono Cleopatra, César parte en julio del 47 hacia el Asia Menor, donde el rey del Bósforo Cimérico, Farnaces, había ocupado Armenia Menor.

46 a. C.
En Tapso, África, César derrota a los pompeyanos que se habían refugiado junto al rey Juba. Muerte de Metello Escipión y suicidio de Catón en Utica.
Numidia, reducida a provincia romana, es confiada a Salustio Crispo. Vuelto a Roma, César celebra los triunfos de sus victorias.


1


2

Cicerón compone los *Paradoxa stoicorum ad Marcum Brutum.*

45 a. C.
En Munda, en la España Ulterior, César derrota a los pompeyanos guiados por los hijos de Pompeyo, Gneo y Sexto; este último logra huir a las montañas de los celtíberos.
César, que pasa a ser dictador vitalicio y asume con el título de emperador el comando militar de todos los ejércitos, reúne en su persona una serie de poderes que lo convierten en único árbitro del Estado romano: es cónsul por diez años, pontífice máximo, obtiene la *tribunicia potestas* en forma vitalicia, y como *praefectus morum* ejerce los poderes de censor.
Reforma de César: el senado es aumentado de 600 a 900 miembros; restauradas las finanzas del Estado, César reorganiza los municipios itálicos y reordena el gobierno de las provincias, envía 80.000 ciudadanos romanos a las colonias. Se incrementan el comercio y la agricultura (desecamiento de los pantanos pontinos; trabajos de salida al lago Fucino supresión del istmo; de Corinto); vasto programa de obras públicas, sobre todo en Roma, donde se abren bibliotecas públicas; reforma del calendario. Preparativos de guerra contra los partos.
Cicerón publica el *De finibus bonorum et malorum.*

44 a. C.
15 de marzo (idus de marzo): J. César es asesinado; jefes de la conjuración son los senadores C. Casio y M. Junio Bruto. Los conjurados se refugian en el Capitolio. El más activo de los cesarianos en Roma es el cónsul Marco Antonio, quien se apodera del dinero y de los papeles de César y con la distribución de dinero a los ciudadanos y soldados conquista el favor popular. El senado decreta la amnistía de los conjurados y, bajo la presión de Antonio, confirma los actos de César. La lectura del testamento de César y sus funerales provocan una sublevación popular contra los conjurados, que se ven obligados a huir. Llega a Roma, desde Apolonia, C. Octavio, heredero, adoptado y designado por César en el testamento.

43 a. C.
Una *lex Rufrena* proclama la divinidad de César.

Muerte de César

En el verano del 44 a. C., mientras el recuerdo reciente de la muerte de Cayo Julio César, muerto en el centro de una corona de sesenta conjurados, abandonado su cuerpo yacente entre histérica alegría y temor general hasta que la piedad de algunos esclavos hizo que se ocuparan de él, atormentaba a Roma y al mundo político romano con los insolubles problemas de herencia, Cayo Macio, uno de los más devotos admiradores del dictador, senador y hombre influyente, ayudó al muy joven Octaviano a preparar y desarrollar los *ludi victoriae Caesaris*, en memoria de la batalla de Farsalia y en honor de la antepasada divina de los Julios, *Venus Genetrix*. El viejo Cicerón, sorprendido y preocupado por la actitud de Macio, que no concordaba evidentemente con la línea, que él seguía y promovía, de "conciliación" —es decir, en último análisis, la línea de mayor reconocimiento posible (teniendo en cuenta la grande pero dividida fuerza del partido cesariano y la enorme influencia del cónsul Marco Antonio) con la obra homicida y liberadora de Bruto y Casio y con la finalidad última de restauración de la república de "todos los óptimos" y de los "buenos ciudadanos"— le escribió una carta dura y ofensiva, recordando la antigua amistad. Macio se lamentó de ello ante el común amigo Trebacio, y Cicerón replicó a su vez con palabras dolientes y cautivantes; pero el amigo cesariano sintió una vez más la necesidad de precisar las cosas. Y escribió aquella carta, conservada en el epistolario ciceroniano (*Ad. fam.*, XI, 28), que ha sido definida por algunos como la más noble que nos ha llegado de la antigüedad. Vale la pena iniciar el perfil de César leyendo este testimonio *post mortem*, en el que todo un mundo de ideas, de sentimientos, de relaciones sociales, de costumbres y de valores se ilumina en la discreta luz de una personalidad no grande pero auténtica.

"... Sé muy bien lo que se ha dicho de mí después de la muerte de César. Me critican porque sufro por la muerte de un amigo y porque estoy indignado por la forma en que ha muerto alguien a quien amaba. Dicen que se debe anteponer la patria a la amistad, como si se hubiera demostrado, sin lugar a dudas, que la muerte de él fue útil a la república. Pero no me valdré de astutos argumentos, y confieso no haber alcanzado los altos grados de la sapiencia. Por otra parte, en la guerra civil yo no seguí a César, sino a un amigo, y aun cuando me sentí herido por sus acciones no lo abandoné; y nunca aprobé la guerra civil, ni las causas de la discordia, a la que traté de extinguir en su origen. Así, cuando el amigo fue victorioso, no fui seducido por la dulzura de los honores y del dinero, premios de los que en verdad otros, que podían ante él menos que yo, abusaron increíblemente. Se puede agregar también que por una ley de César perdí parte de mi patrimonio, aquella misma ley por cuyo beneficio muchos de los que se alegran de la muerte de César pudieron conservar su ciudadanía. Yo me dediqué sin ahorrarme fatigas, como si se tratara de mi salvación, para que los ciudadanos vencidos obtuvieran el perdón.

"¿Puedo, entonces, yo que he deseado la salvación de todos, alegrarme de la muerte de aquél de quien la obtuve? Tanto más que son los mismos hombres los que lo calumnian y que luego lo han matado. 'Lo pagarás, me dicen, porque osas criticar nuestra acción'. ¡Insoportable arrogancia, ésta, que exista quien pueda vanagloriarse de un delito, mientras otros no pueden siquiera sufrir impunemente! Pero hasta los esclavos tuvieron siempre el derecho de tener miedo, de gozar, de sufrir por elección propia antes que por la de otro; pero ahora esto, a nosotros, nos lo quieren quitar estos 'creadores de libertad'. Pero no servirá para nada: no hay temor de peligro que pueda disuadirme del deber de los sentimientos humanos. Nunca pensé que se debiera escapar a la muerte honesta; por el contrario, se la debe buscar. Pero, ¿por qué se encolerizan conmigo, si deseo que se arrepientan de lo que han hecho? Yo deseo, por cierto, que la muerte de César sea dolorosa para todos.

"Pero como buen ciudadano debo desear la salvación de la república. Yo no solicito demostrar con palabras que ésta es justamente mi pasión, porque toda mi vida y mi esperanza lo prueban, tácitamente. Por ello te ruego que consideres más los hechos que los discursos y, si estás convencido de que lo mejor es conducirse bien, que creas que es del todo imposible que yo esté de acuerdo con hombres injustos. Lo que mantuve sólidamente en la juventud, cuando habría podido cometer aun graves errores y ser disculpado, ¿debería cambiarlo ahora, cuando me acerco a la vejez, y volver a formarme? No lo haré, y no cometeré nada que sea injusto, tanto más porque hoy sufro la horrible suerte de un hombre que estuvo muy cerca de mí, un hombre grandísimo. Y si mis sentimientos fueran otros, tampoco renegaría nunca de lo que hago, para no ser juzgado culpable en el pecar y vano en el ocultar.

"Pero he cuidado los juegos que para la victoria de César ha preparado el joven César. Pero éste es un asunto privado, que nada tiene que ver con la república; por otra parte, yo debí rendir este tributo a la memoria de un gran amigo y rendir honores a un muerto, y no podía negárselo a un jovencito de óptimas posibilidades y dignísimo como César. También concurrí con frecuencia a la casa del cónsul Antonio para saludarlo; y allí podrías encontrar como frecuentadores asiduos a muchos de aquellos que me consideran poco amante de la patria.

Pero, ¿qué significa esta increíble pretensión de éstos que me arrebataron un amigo cercano, calumniándome, de impedir que frecuente a quien desee, si César no se opuso nunca a que yo frecuentara a quien me parecía, aun a aquellos a quienes él no quería?

"Pero estoy seguro de que la justa conducta de mi vida valdrá lo suficiente como para protegerme en el futuro contra las falsas voces, y de que aun aquellos que no me aman por mi amistad con César preferirán tener amigos como yo antes que como ellos mismos. Yo, si obtengo lo que deseo, pasaré el resto de mi vida en Rodas: pero cuando sea necesario estaré inmediatamente en Roma, donde deseo vivir justamente..."

Cicerón no respondió a esta carta; para ser más exactos, en la colección de sus cartas no hay rastros de respuesta; probablemente esta ausencia no se debe a los criterios de elección del editor de las cartas. Era realmente difícil responder; en verdad, era Cicerón quien se hallaba en dificultades morales, ideales, intelectuales, frente a la memoria de César, no el más modesto Cayo Macio, menos ambicioso, menos implicado en las trágicas contradicciones del siglo; el gran orador debió sentirse tocado.

Mito e historia

Cayo Julio César, de quien Macio se profesaba amigo, había sido la encarnación de un tiempo, de una época entera, de una crisis excepcional, que por otra parte su muerte, contrariamente a las expectativas de sus matadores, complicó y no resolvió. Había nacido aproximadmente sesenta años antes de aquel fatal 15 de marzo del 44 a. C. (la fecha de nacimiento se discute todavía, y se supone ocurrió entre el 103 y el 100). Su infancia y su adolescencia tuvieron lugar en la época de la omnipotencia de Mario, la guerra social, la dictadura de Sila, la gran revuelta servil de Espartaco, el surgimiento de Pompeyo, entre los choques posteriores de una crisis social e imperial, de la que el rebelde Sertorio en occidente y el tenaz rey del Ponto, Mitrídates, en oriente, simbolizaron para Roma, al borde de la catástrofe, todo lo que los errores de la política interna y la ineptitud de la política externa podían producir, si algo nuevo no intervenía para enriquecer y resolver el cuadro de la república romana y de su hegemonía mediterránea.

Los detalles de la biografía de César, mil veces escrita y vuelta a escribir, siempre con la secreta esperanza de arrebatar el "secreto" a un hombre del que Tito Livio se preguntara si había sido un bien o un mal para Roma que hubiera nacido, no



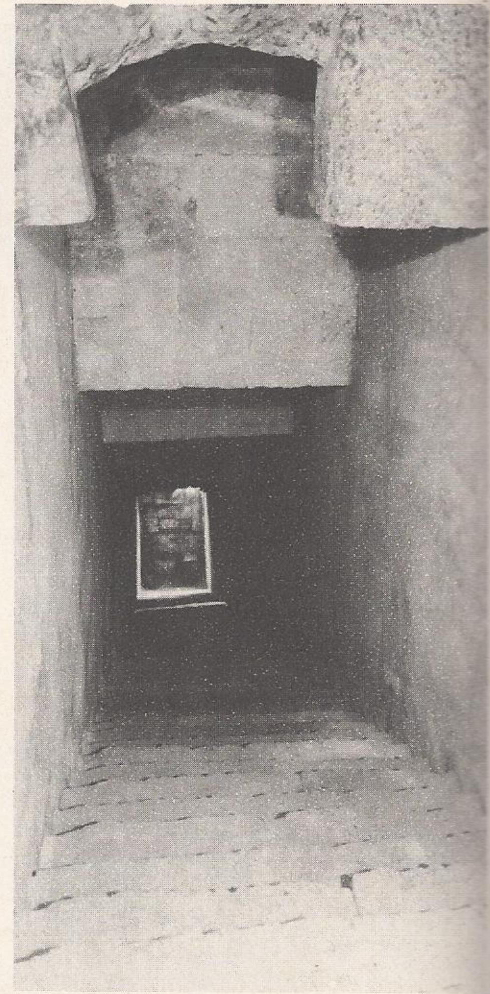
1



2



3



4

1. *Restos de la basílica Julia en el Foro romano* (G. Pozzi Bellini).

2. *Vista del Foro de César* (G. Pozzi Bellini).

3. El Tabularium, *el archivo de Estado de Roma antigua, 78 a. C.* (G. Pozzi Bellini).

4. *La escalera interna del* Tabularium, *que unía la plaza del Capitolio con el Foro, antes que la salida hacia este último fuera obstruida por el Templo de Vespasiano* (G. Pozzi Bellini).

En la página 115:

1. *Foro de César en Roma* (Mairani).

2. *El templo de Saturno en Roma* (Mairani).

serán recordados aquí. Tampoco la imponencia y la complejidad de la época pueden ser examinadas, sino apenas mencionadas, en un perfil de su protagonista. Piénsese solamente en la dificultad preliminar de reencontrar a César detrás del mito de César; mito que, por otra parte, de ninguna manera resulta un elemento despreciable de la historia del mundo antiguo, medieval y moderno, sino que es de por sí un hecho histórico excepcional y complicadísimo. Naturalmente, la historiografía moderna ha "hecho justicia" al mito de César en cuanto a lo que en sí era y es incrustación que altera la realidad de los hechos: la obra de Matthias Gelzer puede ser citada aun sola, como ejemplo, y también junto a ella la de Roland Syme, no sólo la gran *Revolución Romana*, sino también, si se desea, la crítica al César gelzeriano. Se ha "hecho justicia", pero si se vuelven a leer paciente y desprejuiciadamente las fuentes, de todos los géneros, ¿en verdad, hemos podido liberarnos de la sombra (si no del mito) excepcional? Siempre se tiene la impresión de que estudiar a César no es una forma normal, si bien dificilísima, de hacer historia; es algo más, o menos (según cómo se lo enfoque). Probablemente nadie que haya escrito un libro sobre César pensó para sí mismo escribir una simple biografía; habrá tomado conciencia, de alguna manera, de que echaba mano a un símbolo universal, y además de forma enigmática. Porque en todo caso, lo que la simple crónica de los tiempos parece decir —o sea, que la presencia y la acción de César fueron decisivas pero que su obra quedó inconclusa— basta para poner toda serena búsqueda en condición de potencial desequilibrio. Hoy estamos desencantados: ya nadie trata de indagar las "intenciones" del dictador, a las que la muerte tornó vanas. Sin embargo, ¿en qué consiste realmente el rol de César en la historia de la República Romana?; ¿se puede decir que esta cuestión ha sido aclarada?

Aun hoy se puede sostener la validez —por lo menos relativa— de la interpretación de un Carcopino, que hace de César un clásico "conquistador", vuelto conscientemente desde el comienzo de su carrera política a la destrucción del Estado y a su transformación, en su propia persona, en una monarquía teocrática; también se puede apreciar, por su fuerza sutil, la interpretación opuesta de un Syme, que hace de César un típico representante de los ideales y de los hábitos políticos de la aristocracia dominante romana, que excluyera totalmente todo influjo "oriental" de su plan político. El César de Carcopino anhela la diadema, el blanco velo helénico símbolo de realeza, es único y solo, es Quirino, su trono es de oro, su lema es "la república es sólo un nombre"; el César de Syme es el que se lamenta de que, con la mísera muerte, el gran Pompeyo se haya sustraído al triunfo político del vencedor, para quien, como para todo ciudadano-príncipe de la república romana, la condición inevitable de la lucha por el poder (en la que está contenido todo el sentido de la vida) es la supervivencia del competidor. El primer César es, entonces, el creador y actor trágico de una nueva concepción del Estado, la monarquía, es el sepulturero consciente de la agonizante República; el segundo César es el actor del último acto de la República, vive y muere en ella, sus contradicciones y sus ideales son los de la república misma que muere. La "revolución", que no es institucional, sino social y política, será la obra madura del partido de César, retomado y conducido por otros caminos por Octaviano y sus colaboradores. "No es necesario pensar que César proyectara establecer en Roma una "monarquía helénica" cualquiera sea el sentido que se le atribuye a esta expresión. Bastaba la dictadura. Él vio que el gobierno de los *nobiles* era un anacronismo para un imperio mundial; así como lo era el poder de la plebe romana, una vez que Italia toda gozaba de la ciudadanía. En realidad, César fue mucho más conservador y romano de cuanto muchos imaginaron; y un romano no podía concebir una forma de gobierno distinta de la oligárquica. Pero César estaba impulsado por la fuerza de los sucesos a la posición autocrática. Significaba la dominación duradera de un solo hombre antes que el gobierno de la ley, de la constitución, del senado; era el preanuncio del triunfo, antes o después, de nuevas fuerzas y nuevas ideas, del ascenso del ejército y de las provincias, de la declinación de la clase dirigente tradicional. La autocracia de César demostraba ser mucho más que un expediente temporal para liquidar la herencia de la guerra civil y para consolidar el organismo estatal romano. Estaba destinada a durar, y la aristocracia romana no habría podido gobernar y disfrutar el imperio a su propio modo. Las tragedias de la historia no se originan en el contraste de una razón y de un error convencionales; son más augustas y más complejas. César y Bruto tenían razón desde el propio punto de vista." (Syme)

"... solamente un rey podía subyugar a Persia, cuya conquista, acariciada desde hacía años, preparada desde hacía meses, se le imponía a él como doble y espléndido deber: el de purificar a Roma de la afrenta de Carre, y el de cumplir, en una paz definitiva, la perfección cósmica del *orbis romanus*. César se había informado de las condiciones y de la historia de este imperio [de los partos]; también se había documentado ampliamente acerca de las costumbres de los persas y de los egipcios... Él sabía que habría sido una locura tratar de asimilar aquellas poblaciones tan lejanas y diferentes de Occidente. Como Alejandro a los súbditos de los Aqueménides, así César no habría podido gobernar a los súbditos de los Arsácidos, sino poniendo en juego la disciplina de éstos: la devoción feudal al 'rey de reyes', la fe en el espíritu divino o *hvarenô* que les inspiraba el soberano, el culto por la partícula divina que residía en éste: la *fravashi*. Por lo tanto, la diadema le era indispensable al conquistador de los partos tanto como al regente de Egipto. De ahí la obstinación de César en obtenerla... de ahí, en fin, su convocación al Senado el 15 de marzo del 44 a.C. para que éste, tres días antes de su partida, abandonando sus propios prejuicios frente al oráculo sibilino, para el cual sólo un rey podía vencer a los partos, le reconociera al omnipotente dictador el título de rey en todas partes salvo en Italia. Pero las mismas razones en las que se originaba este empecinamiento explican el de sus enemigos en negarle satisfacción. Ellos, más aún que su tiranía, detestaban sus proyectos contra Persia, de la cual la tiranía habría tomado odiosos colores extranjeros... La guerra pártica exasperaba el odio y el terror de los enemigos de César, y los colocaba frente a un dilema sofocante: sufrir un desastre más tremendo que el del 53, o, con el triunfo de César, el invencible, asistir a la orientalización de las tierras romanas. Todo, antes que la ruina o la barbarie de que se sentían amenazados...

Los conjurados de los idus de marzo, entonces, salvaron a Persia, pero nada más. Ellos no retardaron la orientalización que temían y que, probablemente, no habría sido tan rápida y profunda si la demarcación que César había establecido entre Italia y las provincias, distinguiendo entre dictadura y realeza, hubiera sobrevivido a él; tampoco impidieron el nacimiento del absolutismo cesariano en el régimen imperial... El imperio de Augusto consistió en una monarquía fundada en el culto del monarca, ni más ni menos que la dictadura real de César..." (Carcopino).

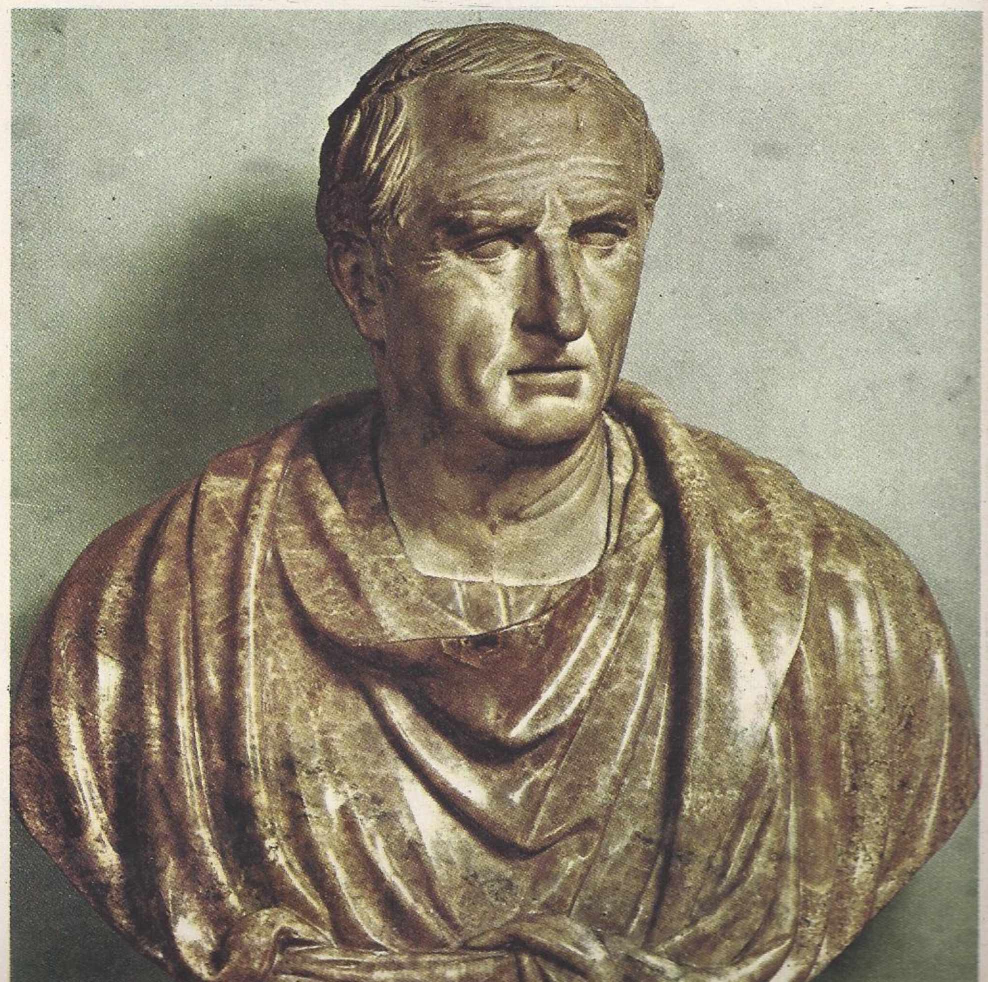
Una figura tan contradictoria no es única en la historia; pero no es sólo en esta contradicción de fondo del juicio histórico que reside la complejidad de César y, en el límite, su inaferrabilidad. Todo se ve complicado, como hemos recordado, por el simple hecho del asesinato y entonces por la "precocidad" de la muerte. Aun sin dejarnos seducir por consideraciones pascalianas, es cierto que el de César se convierte fácilmente de problema histórico en "caso" histórico, justamente porque la clave del problema parece estar en la parte de vida que falta. También Augusto es una eterna cuestión histórica: pero el arco larguísimo de la vida y la distinguible estructura del conjunto de la época, hacen que sea posible, aun cuando no obvio, intentar una evaluación total. En el caso de César, la singularidad de su vicisitud re-

1. Busto de César. Florencia, Galería de Uffizi (Scala).

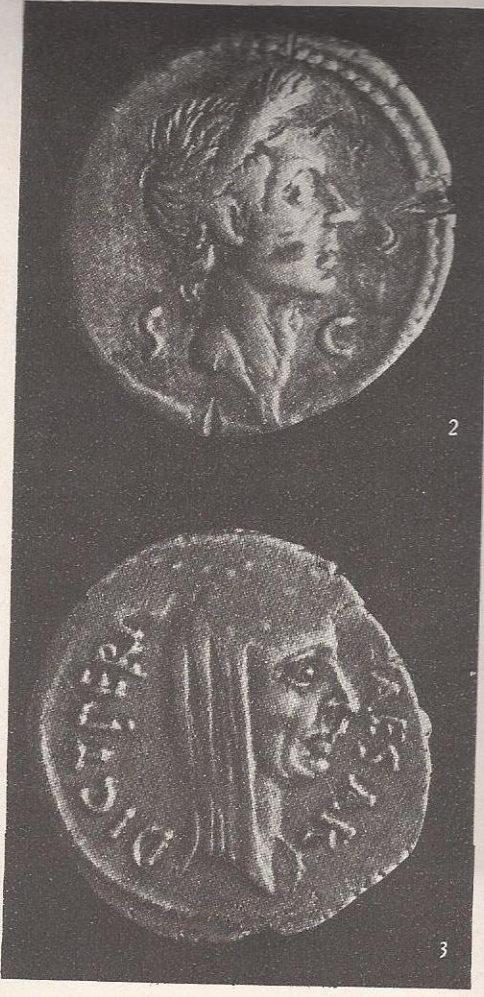
2. Busto de Cicerón. Florencia, Galería Uffizi (Scala).



1



2

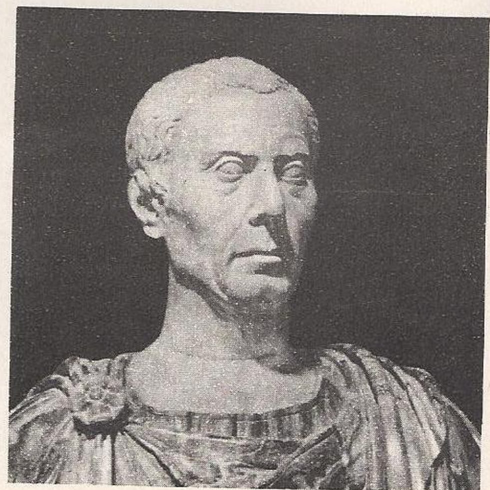


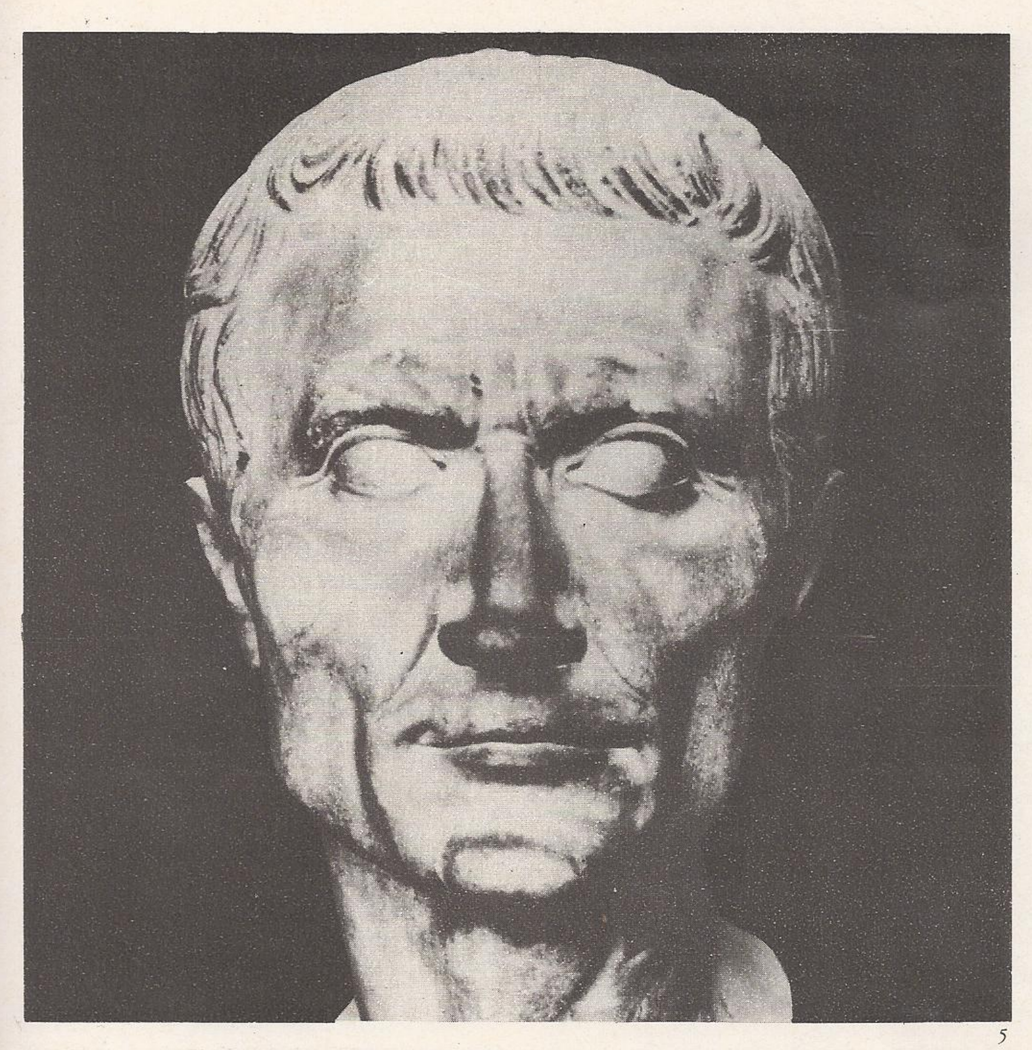
1. *Estatua de Julio César. Época de Trajano. Roma, Palacio Senatorial* (Alinaria).

2. *Cabeza de César, coronada por el laurel. Anverso de un denario, Roma, 40 a. C.*

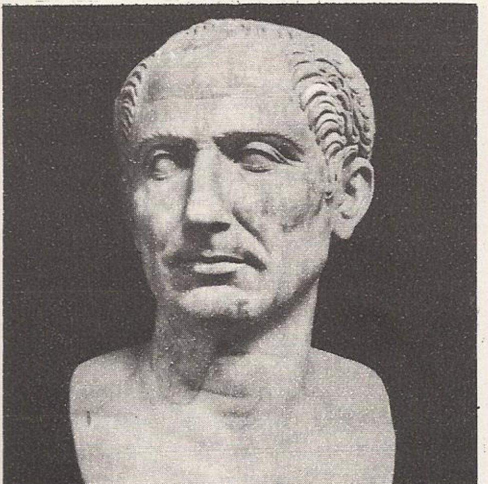
3. *Cabeza de César, velada y coronada por el laurel. Anverso de un denario, 44 a. C Milán, Medallería del Castillo Sforzesco.*

4, 5, 6, 7, 8, 9. *Diversos retratos de César en Roma, Museos Capitolinos; en Nápoles, Museo Arqueológico; en Rieti, Colección Palmegiani, Calco en el Museo de la Civilización Romana; en los Museos Vaticanos, Brazo Nuevo; en Berlín, Staatliche Museen; en Pisa, Camposanto* (Alinari).

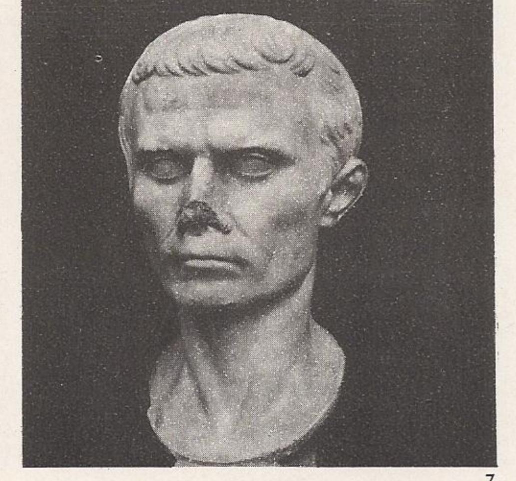




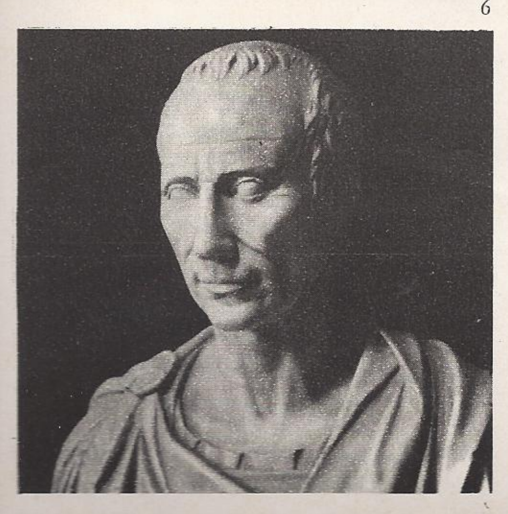
5

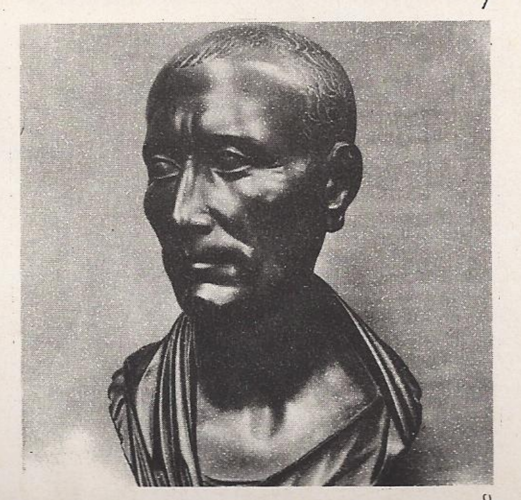


6



7





9

side en que su centro de gravedad histórico se halla en la fase "preparatoria", no en la "conclusiva". Es decir que César es, en los hechos reales, el político de la facción democrática, el conquistador de las Galias y el estratega-político de la guerra civil: en el momento en que se perfila en el horizonte la que parece *a posteriori* la lógica conclusión del plan, es decir, la expedición pártica y, luego de la misma, la obra de reorganización del imperio y del Estado, la línea de la vida se quiebra. Así, César parece ser el héroe de un momento, si bien completado, pero en cierto sentido marginal (¡en cierto sentido!) como fuera la conquista de la Galia; y el héroe de una aventura puramente, o casi, destructiva: la guerra civil y la dictadura. Ésta es, por lo menos, la desconcertante apariencia del "caso" César; se verá si esta apariencia corresponde a la realidad de un justo problema histórico. Es evidente, en efecto, que sólo en una perspectiva de tipo Carcopino este "caso" se torna insoluble, inasible y angustioso. En la perspectiva de César que mira toda la vida a la monarquía helenista, el hecho de que una conjuración lo abatiera antes de comenzar el acto final marca con signo fatal e inexpiablemente decepcionante toda su vida misma. Por cierto, Augusto completará la obra (y es necesaria —digámoslo pronto— una disposición muy audaz en cuanto a forzar los textos para sostener el carácter "oriental" del régimen de Augusto), pero, justamente, sin el remate augusteo, la vida, la acción y el plan cesariano no tienen sentido. ¿Pero, es ésa una perspectiva justa? Ya el hecho de que en la misma el suceso trágico del asesinato no aparezca como una conclusión sino como una interrupción, y que no pueda ser reconducido a una lógica interna realmente coherente con la vicisitud misma de la época en toda su complejidad, demostraría que se trata de una perspectiva por lo menos desequilibrada, en parte demasiado marcada, en parte oscura.

Entonces podemos cuestionar si está históricamente bien planteada una interpretación de César como perseguidor de la monarquía orientalizadora, en función de una visión completa de la complejidad de los problemas de imperio que se le presentaban a Roma; y perseguidor de tal monarquía, justamente, durante toda la vida, desde los comienzos de la lucha política, en la época aún dominada por la sombra de Sila, cuando el jovencito osaba, en el elogio de la difunta tía, enaltecer la imagen execrada de Mario, y cuando Sila decía temer en el jovencito a muchos Marios. Por otra parte, resulta claro que atribuirle a César una continuidad de plan desde los comienzos, implica en el historiador, antes que cierto modo de entender los testimonios, una propensión al culto de la gran personalidad biográfica. La alter-







1. Saint Remy, Francia. Detalle del mausoleo de los Julios, 10 d. C. (Tomsich).

2, 3. Moneda áurea romana. Emisión militar de la Galia, 40 a. C. En el anverso, la cabeza de Octaviano, en el reverso la de César, laureada. Milán, Medallería del Castillo Sforzesco.

nativa reconstrucción paciente de las mil elecciones, abiertas muchas hacia lo incierto y lo ignoto, otras creadoras de condiciones diversas, otras equivocadas y que conducen a penosos errores, es un camino que no le agrada, habitualmente, al reconstructor de sólidas biografías de héroes. Es sugestivo pensar, en efecto, que lo que el adulto emprende el muchacho ya lo meditara; como si luego el mundo que lo rodeaba no hubiera cambiado.

La verdad es que la república romana, a la que César indudablemente, de un modo difícil de entender pero imponente, puso en crisis en forma decisiva, no estaba en crisis cuando César era joven, o no lo estaba en el mismo modo, por las mismas razones, en el mismo sentido y con las mismas perspectivas del 15 de marzo del 44. César es la expresión de la dinámica de una época crítica, no de un momento identificable de transición; decir que en el 70 a.C. existían ya todas las premisas para el 49 o el 44, o directamente para el 27 (el año del principado "augusteo"), significa decir demasiado y también demasiado poco. Por cierto Pompeyo, el senado, su adversario o amigo, Cicerón, Craso, el joven César, Catilina y los otros, no pensaban entonces en sepultar la República; pensaban en gobernarla o en utilizarla para los propios fines de clase, de partido, de secta o de persona. Que este gobierno haya fracasado y que la utilización se haya convertido en destrucción (por lo menos hasta cierto punto y en cierto sentido), no es una obvia premisa implícita que se desprende: es el resultado de una serie de elecciones políticas, de circunstancias imprevisibles y de batallas vencidas o perdidas en el campo donde podían ser perdidas o vencidas.

La Roma del joven César

Cuando César ingresó en el ámbito político romano los lineamientos de la época ya habían aparecido claramente, y él no debió crear mucho de nuevo. Desde hacía tiempo el problema agrario afligía a Italia, y con el mismo, en estrechísima relación, el del ejército. Los grandes ejércitos romanos, que desde la época de Mario estaban compuestos en forma creciente por ciudadanos carentes de bienes y de tierras, presionaban con sus esperanzas en la debida recompensa sobre los comandantes, y a través de éstos sobre el senado y los comicios. El general romano siempre había sido un hombre político; ahora, no podía dejar de serlo en forma creciente, en un círculo vicioso en el cual la potencia militar garantizaba la eficacia de la acción política y ésta podía dar y conservar a la primera. Tanto más que desde el tiempo de Mario, de Cina, de Sila, de la guerra social, los ejércitos, sus generales y oficiales estaban implicados en guerras entre conciudadanos —o, como en el caso

de los itálicos, contra antiguos y familiares aliados que deseaban convertirse en conciudadanos— y ello significaba la total politización de la conducta militar.

Para los jefes que tenían ocasión de realizar grandes empresas en el exterior, como Sila, se trataba de asegurarse, con el mismo ejército empleado para vencer a los reyes extranjeros, contra los golpes de mano de los adversarios políticos en Roma. Sila lo había hecho, uniendo el cálculo político en pro de toda una clase —el senado— a la despiadada determinación del poder personal, con ferocidad y rigor que pasaron a ser proverbiales y, aun en el recuerdo, temibles. Si bien Pompeyo no había vuelto jamás las armas contra Roma, luego de haber combatido de joven junto a Sila, ello se debió a que se encontraba en un momento diferente, en el cual una potencia militar como la suya fundada sobre el ascendiente de grandes victorias (Africa, Sertorio, luego los piratas y Mitrídates) bastaba por sí misma para garantizar cierta posición de árbitro y protector, ya sea del senado como del pueblo, en la medida en que éstos estaban en contraste; por otra parte, la ambición personal de Pompeyo no parecía nutrida de gran fantasía. Además, la misma acción de Pompeyo, conducida con cierta habilidad en los años siguientes a la muerte de Sila, había contribuido a restaurar aquellos lineamientos populares de la vida republicana que el dictador tanto había bregado por anular. Ello no había devuelto la paz a Roma, pero sí cierto equilibrio, y los tiempos de la batalla de Porta Colina, cuando marianos e itálicos habían conducido la última resistencia desesperada contra Sila y Pompeyo, los tiempos del pavoroso tratamiento reservado a ciudades como Preneste, y de las proscripciones y de la distribución forzada de tierra a millares de veteranos silanos, habían pasado. Y luego, las victorias de Pompeyo, sobre todo las de Oriente, habían abierto nuevos y grandes horizontes a los negociantes romanos. Y si ésta es una época de grandes ejércitos y de grandes generales-políticos, es también, si no más, una época de grandes negociantes. Será justamente la clase de los negociantes, luego de los largos años de las guerras civiles, la que tendrá gran influencia, con su elección final por la paz y su solicitud de una participación directa en el poder (hasta entonces siempre en manos de la clase política propiamente dicha, la nobleza senatorial, como aquellos Metellos sin los cuales Sila no habría podido ser Sila), en la instauración del gran compromiso final, en torno al nombre del vencedor de Accio, César Augusto.

Estos grandes ricos, empresarios, usureros, especuladores y comerciantes, llevaban al campo de la lucha política el peso de su influencia y podían determinar el éxito de este o de aquel noble. Los nobles, en efecto, a menudo eran más ricos en ingenio que en dinero; y como por otra parte con sus botines de guerra o con sus elecciones legislativas podían desplazar intereses y favorecer operaciones de todo tipo, prestar sumas —aun enormes— a un noble sin dinero podía ser un óptimo negocio. César, rico sobre todo en deudas, pero con un gran nombre y un gran y evidente desprejuicio político, fue un óptimo negocio para muchos; sobre todo para aquel Craso que, nobilísimo pero también riquísimo, era además un político intrigante, ambicioso pero sin grandes probabilidades de vencer en la lucha por la hegemonía a Pompeyo, rico en increíbles laureles militares. Craso había derrotado a Espartaco y alejado al tremendo espectro de la revuelta servil; pero el triunfo de aquella victoria había sido atribuido a Pompeyo, vencedor de los últimos desbandados. Los antiguos rencores impedían que los dos cónsules del 70 estuvieran de acuerdo. La alianza de Pompeyo, César y Craso, que las fuentes antiguas atribuyen predominantemente a una habilísima iniciativa del mismo César, le rindió a este último un enorme préstito y, cumplido el año de consulado (el 59), el primer quinquenio de proconsulado en las Galias y luego el segundo. Este "primer triunvirato" se concretó en el año 60: según Asinio Polión, el año del comienzo de la fatal contienda civil, como Horacio recuerda en una célebre oda: *Motum ex Metello consule civicum*...

Dinero, intriga, ambición, poderío, de todo esto los políticos romanos no tenían ninguna vergüenza. Pero se debe reconocer que para llegar a los vértices del poder los más geniales entre ellos sabían someterse a increíbles sacrificios, sabían perseguir la gloria. Resulta bastante fácil decir que César intentó obtener y obtuvo el comando de las Galias porque tenía necesidad de aquella gloria militar sin la cual nunca habría podido competir con su amigo y yerno Pompeyo en el campo político; lo concreto es que César conquistó realmente las Garias, conduciendo por diez años una vida absolutamente inadecuada para un hombre político ambicioso y moderno. Por lo que, luego de la batalla de Farsalia, frente al espectáculo de los millares de muertos romanos en el campo, cuando pronunció la célebre frase: "lo han deseado; luego de tantas empresas, yo, Cayo César, habría sido condenado si no hubiera buscado apoyo en el ejército", tenía razón, desde su punto de vista. Sus empresas habían sido verdaderamente excepcionales, y la pretensión de un Catón de procesarlo por "guerra impía" contra los germanos podía ser un movimiento de lucha hábil y dura, pero también bastante irrealista. César, en efecto, "buscó apoyo en el ejército"; diez años de bosques gálicos, un millón de muertos y un millón de esclavos (cifras, éstas, que deben tomarse con toda reserva de los escritores antiguos pero que por cierto no están muy lejos de la verdad), ochocientas ciudades incendiadas y destruidas, el Rin y la Mancha atravesados; todo esto, según César, le confería un derecho inalienable a una "dignidad" por lo menos pareja a la de Pompeyo. No reconocérsela fue un error catastrófico.

Sobre el fondo de un dominio ya sin rivales (después del fin de Mitrídates), frente a la enorme tarea de organizar la administración, de restaurar la economía, de comprender profundamente la variedad y la unidad, con una Italia aún turbada por el recuerdo fresco de la terrible guerra social, la nobleza romana detentaba aún el poder, se distribuía los consulados y los sacerdocios, haciendo de tanto en tanto espacio a algún hombre nuevo, dotado especialmente de virtudes políticas, primera entre ellas la capacidad de congraciarse con las familias mayores y más influyentes, de ganar dinero y de hacérselo ganar a los otros. Esto no significa que el servicio del Estado no fuera tenido en consideración y apreciado: una de las características más desconcertantes del mundo romano de la última época republicana es, en efecto, la inextricable trama formada por la corrupción y el sentido del deber, por la maldad y por el espíritu de sacrificio, por malas artes puestas al servicio de bajos instintos y por extraordinarias dotes de coraje y de devoción puestas al servicio de altos ideales y empresas. El aspecto más fascinante de este período histórico consiste justamente en su riqueza inigualable: en el trasfondo, y a veces de golpe trágica y locamente en el proscenio, una cuestión económico-social profundísima y aparentemente insoluble, ligada a dimensiones múltiples, de clase, de estratos, de áreas geográficas —es decir, de civilización e historias diversas—; en primer plano un antiguo, experto mundo político en descomposición, con todas sus virtudes y sus vicios históricos, agigantados por la época y por la crisis. Es una época que se inicia con la proscripción de Sila, pero que nos deja también el *De officiis* de Cicerón.

La conjuración de Catilina

El momento simbólico y desencadenante de esta vicisitud es aquel oscuro episodio en torno al cual se entrelazan los destinos políticos de César y Catón, de Cicerón y Craso, y, ausente pero por ello mismo importante, de Pompeyo. Es ésta la conjuración llamada de Catilina, apellido de Lucio Sergio, de nobilísima familia, triunfo de todos los vicios y de todas las virtudes; tal vez el único intento o proyecto verdadero de revolución social en la Roma antigua; episodio trágico, por cierto, que dejó una impronta indeleble en la memoria de aquella generación, y pareció luego haber signado el inicio de la descomposición final. Salustio, historiador genial, ciertamen-

42

1. Lex Iulia Gallorum, grabada en bronce. Parma, Museo de la Antigüedad.

Una serie de medallas de la medallería del Castillo Sforzesco:

2. Signum, águila legionaria, arado y cetro representados sobre el reverso de un denario. Roma, 40 a. C.

3. Trofeo de armas y prisioneros. Reverso de un denario. Emisión militar de la Galia bajo Julio César.

4. Instrumentos sacerdotales, sobre el reverso de un denario. Emisión militar de la Galia bajo Julio César.

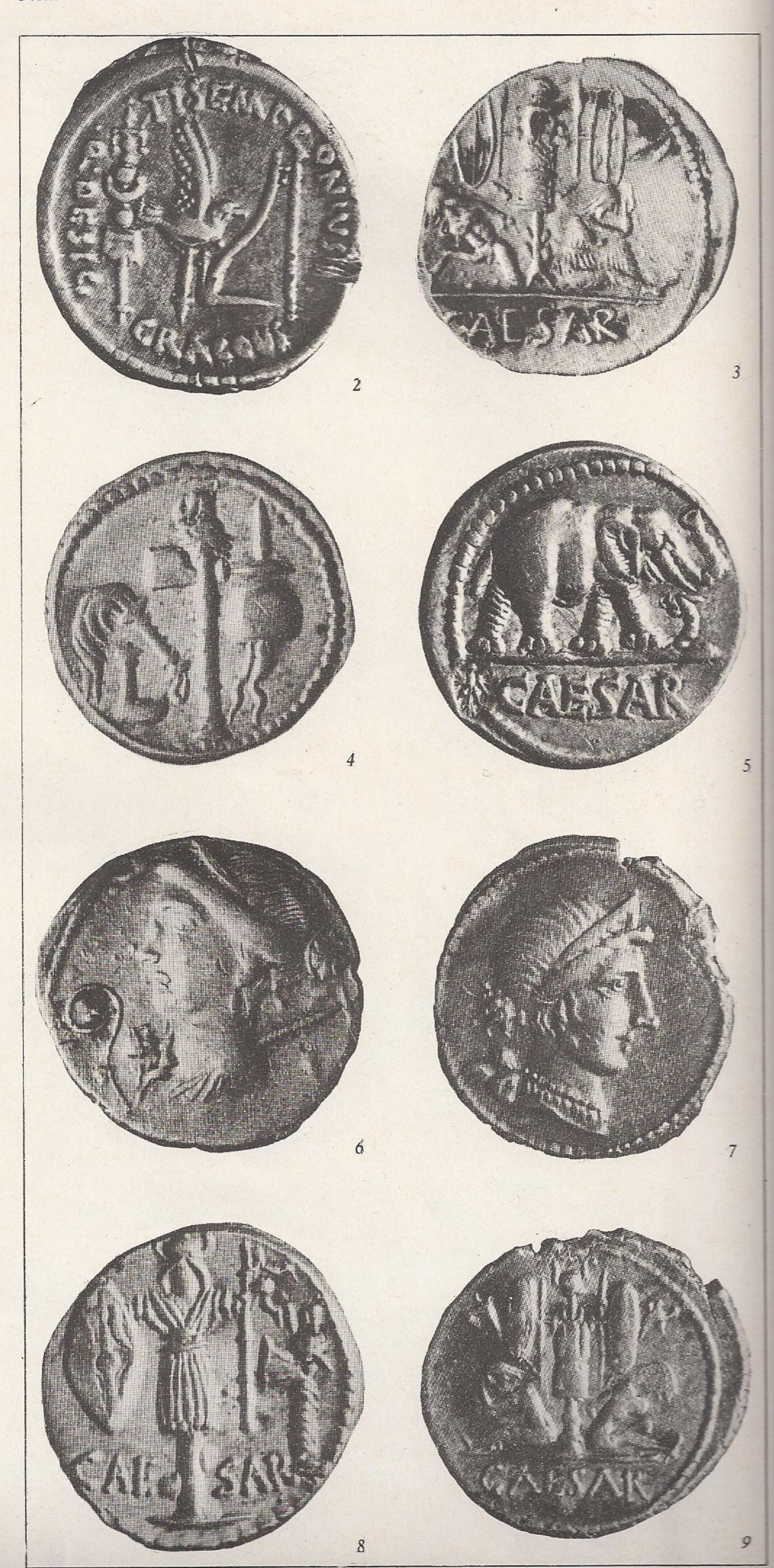
5. Elefante que pisa a un dragón. Anverso de un denario. Emisión militar de la Galia bajo Julio César.

6. Busto de Venus. Anverso de denario. Emisión militar de la Galia bajo Julio César.

7. Busto con diadema de Venus. Anverso de un denario. Emisión de la Galia bajo Julio César.

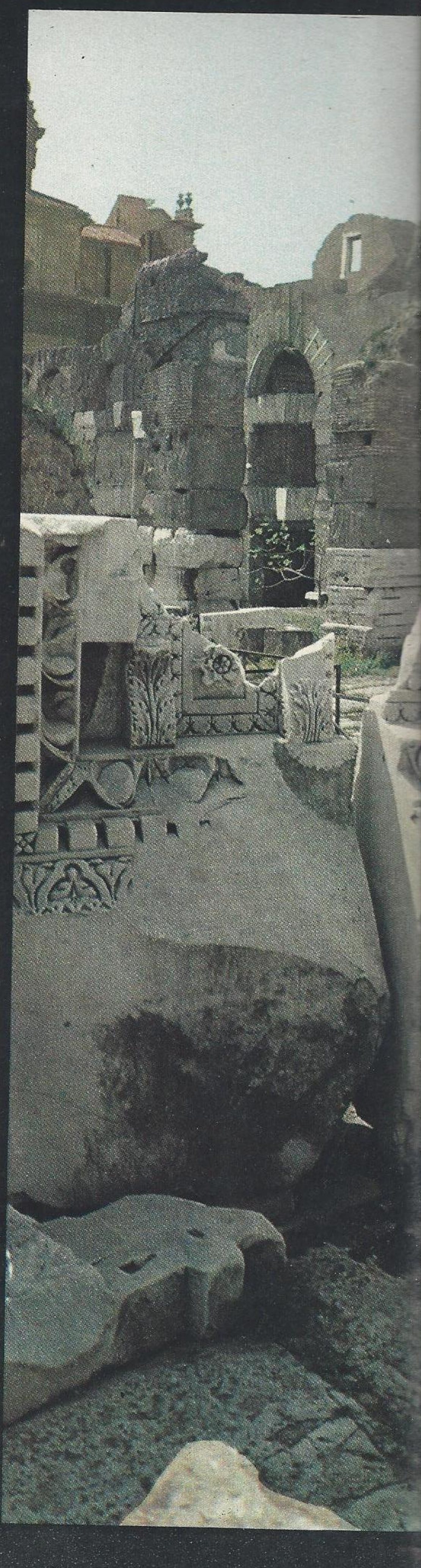
8. Trofeo de armas gálicas. Reverso de un denario. Emisión militar de la Galia bajo Julio César.

9. Trofeo de armas. Reverso de un denario. Emisión militar de la Galia bajo Julio César.





1



1, 2. Vistas de las ruinas del Foro de César (L. Perugi).

En las páginas 128 y 129:

1. Legionario romano del siglo II-I. Reconstrucción en el Museo de la Civilización Romana. Roma (Alinari).

2, 3, 4, 5. Plásticos del Museo de la Civilización romana, en Roma de obras bélicas romanas: un ariete suspendido; detalles de las defensas accesorias de las líneas de circunvalación y contravalación hechas construir por César para apoderarse de Avaricum; un puente de caballetes, hecho construir por César sobre el Rin en el 55 a. C. (Gabinete fotográfico nacional, Roma).



1

te no por azar le dedicó al episodio un memorable opúsculo, así como Cicerón había lanzado sus oraciones políticas más célebres, antes de que, con las *Filípicas*, intentara emular la gloria de Demóstenes y al mismo tiempo salvar una vez más a la República de lo que le parecía el mal más terrible, la ruptura de la solidaridad fundamental de todos los estratos más sanos. Pero entre las *Catilinarias* y las *Filípicas* hay veinte años, veinte años de una vida como la de Cicerón, en una época como la suya: veinte años, justamente, que son los años de César.

Para comprender el sentido de aquel episodio y de aquella época, conviene leer un capítulo de Plutarco, de la *Vida* de Cicerón, no muy significativo en sí, se diría, pero cuyo poder evocativo nos parece tal que puede ser denominado sentido histórico —ya sea que el mismo derive de una fuente contemporánea, para nosotros perdida, o de una reflexión del docto e inteligente biógrafo fascinado también él por el espectáculo que se muestra a sus ojos. Es Cicerón quien, luego del dramático debate del senado acerca de la suerte de los conjurados arrestados, entre los que se encuentran nobles ciudadanos, habiéndose tomado nota de la conclusión, que es la condena a muerte, cumple con su deber de cónsul.

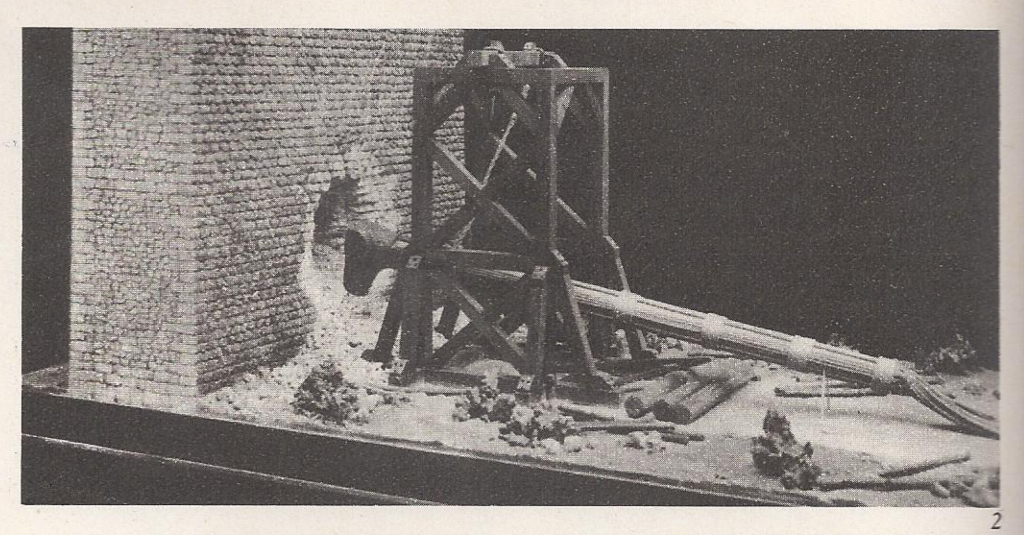
"Luego, acompañado por los senadores, se dirigió a los condenados: no estaban todos en el mismo lugar, y cada uno estaba custodiado por un pretor distinto. Primero tomó a Léntulo, en el Palatino, y lo trajo consigo pasando por la vía Sacra en mitad del foro; lo rodeaban, casi como una guardia de cuerpo, los hombres más autorizados, mientras el pueblo temeroso permitía en silencio que esto ocurriera; más que todos eran los jóvenes quienes temían, los que sentían con pavor y temblor que se los iniciaba en ciertos ritos sacros tradicionales de la facción aristocrática. A través del foro y junto a la cárcel, Cicerón entregó a Léntulo al verdugo, y le ordenó que lo degollara; inmediatamente después entregó a Cetego y del mismo modo hizo matar a los otros, uno por uno. Muchos conjurados estaban reunidos en el foro, e ignorando lo sucedido, esperaban la noche como si sus amigos estuvieran aún en vida y pudieran entonces ser salvados; los vio Cicerón, y vuelto hacia ellos, les gritó '¡Vivieron!'."

En este pasaje de Plutarco, lo más históricamente significativo y artísticamente expresivo es aquella mención, admirable en su sobriedad y claridad, de los jóvenes que asistían, casi atemorizados, a la escena, en la cual sentían que se realizaban "ritos sacros de la aristocracia". Es aquí donde se individualiza, en efecto, con la brevedad de la frase de un artista pleno de sentido histórico, el carácter de una época, en la cual a la fractura definitiva de un mundo

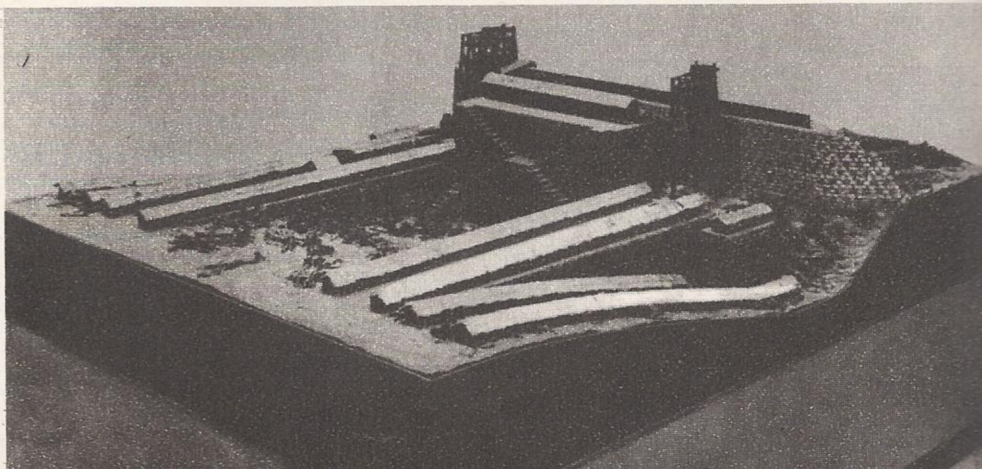
social y político, se agrega, identificándose en ella y entrelazándose con ella, la fractura de las generaciones. No es sólo "el pueblo" el que asiste a la venganza entre aristócratas y se siente al mismo tiempo atemorizado e indiferente; como no son sólo los "jóvenes" los que asisten a una venganza entre ancianos, al mismo tiempo desilusionados por la miseria de los padres y alienados por el destino de aquéllos; son los jóvenes que pertenecen socialmente al pueblo, que advierten plenamente el sentido de separación frente a un rito que, en su horror, tiene su grandeza, y que es de un tiempo y de una clase social que se están tornando incomprensibles. La fuente de Plutarco, o el mismo Plutarco (notamos que esta observación sobre los jóvenes y sobre los ritos de la aristocracia no existe en la otra fuente principal sobre este episodio, Salustio) aprehendieron así, en su primera verificación, un momento crucial de la época. De la cual podemos citar aquí otros dos testimonios, porque vale la pena hacerlo: el de otro historiador, mucho más tardío, pero de óptimas fuentes, Apiano; éste recuerda, dolorosamente sorprendido, que durante las tremendas proscripciones del triunvirato de Antonio, Lépido y Octaviano, aquellos que al espiar y la denunciar se comportaron peor fueron los hijos para con los padres (y en el mismo orden, mejor que todos, en cuanto a fidelidad y lealtad, los esclavos para con los amos). La última etapa de ese tremendo proceso de transformación de un mundo, simbolizado por la actitud de los jóvenes, se halla en el célebre pasaje de los *Anales* de Tácito, cuando al describir el clima, ya estabilizado y por lo menos aparentemente definitivo del régimen augusteo, concluye: "en la patria, todo tranquilo, los mismos nombres de las magistraturas; los más jóvenes, nacidos después de la victoria de Accio, aun los viejos, casi todos durante las guerras civiles: ¿cuántos quedaban que hubieran visto la república?" Tan total es el tránsito de los dos mundos, comenzado simbólicamente en aquella procesión a través del foro de los condenados a muerte de nombres ilustres, como Cornelio Léntulo.

La conjuración, entonces, al oponer inevitablemente un grupo de nobles al otro, la minoría desesperada a la mayoría confusa e incierta, pero aún sólidamente aferrada a la esperanza de dirigir el peso de los problemas de gobierno, aun en el advenimiento de los grandes, parecía algo así como un misterioso rito.

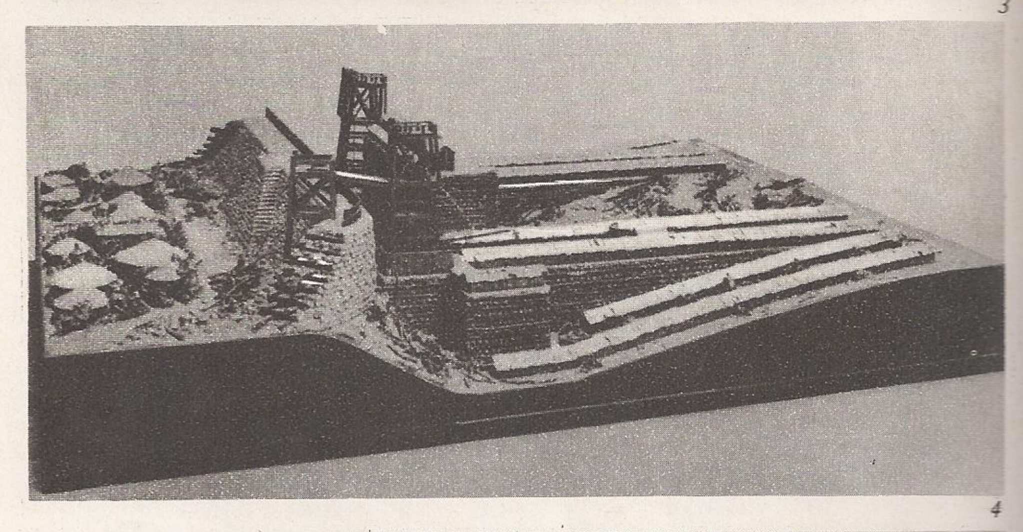
Y en efecto, en cierto modo, los aristócratas romanos, la clase dirigente senatorial circundada (pero al mismo tiempo bien distinguida) por el vasto marco de caballeros conformistas y semiapolíticos, constituía una especie de casta iniciada. En ella, con ella, y también contra ella, pero siempre teniéndola en cuenta como del



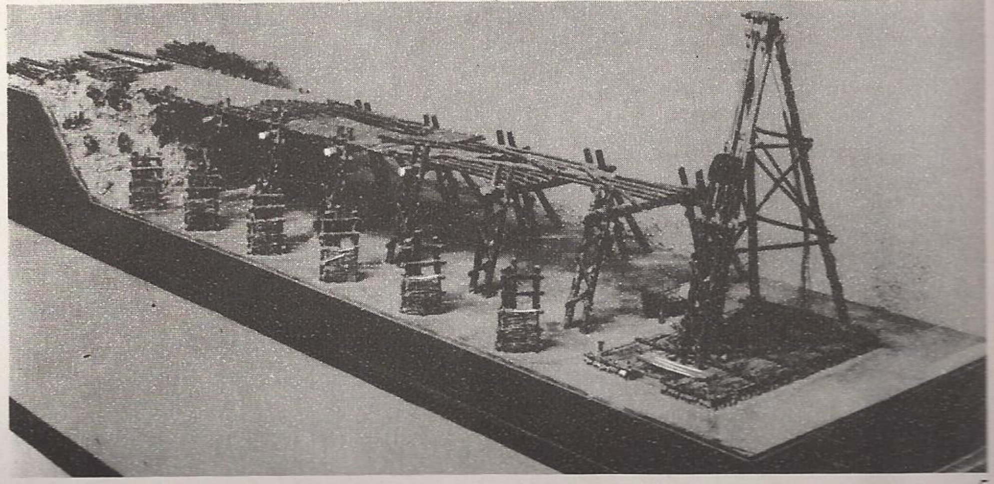
2



3



4



5

propio mundo, actuó César. Y aquel senado estaba en condiciones de entender el memorable discurso que él pronunciara pocas horas antes de la escena que recordáramos, cuando aún en la asamblea de la nobleza, el gobierno de Roma, se discutía, sin que ninguna decisión pareciera fácil o preestablecida, cuál suerte le correspondía a los conjurados descubiertos y capturados por la afortunada habilidad e indudable vigilancia del cónsul Cicerón. (Aquel provinciano, que manejaba las técnicas políticas de la nobleza en la que había sido admitido con reticencias, había jugado su gran carta frente a la historia y al poder romano.)

César y la conjuración

La situación era, efectivamente, muy delicada. Parece ser que lo era especialmente para César, acerca de quien circulaban rumores en el sentido de que junto con Craso (y —siempre según los rumores— no habría sido la primera vez), no sólo no ignoraba la conjuración, sino que en alguna manera había participado directamente en ella. Esta acusación, si consideramos las apreciaciones más prudentes hechas por los antiguos, no responde a la verdad; ello no significa que fuera "infundada" o del todo absurda; porque si les damos a las anécdotas largamente comentadas el peso específico que merecen (es decir poco como testimonios de hecho, y mucho como pruebas de un clima) no podemos negar que el retrato de la carrera política de César en el período del predominio de Pompeyo es el de un total desprejuiciado. Por otra parte, resulta difícil entender qué utilidad podía recabar César del éxito de una conjuración como aquella encabezada por Catilina, de haber logrado ésta los objetivos que la tradición antigua nos dice que se proponía: la destrucción aun física de la nobleza romana, la destrucción social, la "revolución" (entonces la "repartición de la tierra" y la "abolición de las deudas", según el antiguo grito de las plebes griegas). Por otra parte, no es difícil entender que políticos aventurados —si no aventureros como Craso o César (y de haber estado presente, por cierto también Pompeyo, en aquel momento ocupado en la más constructiva función de imponer el dominio romano en Asia)— consideraran útil que tales conjuraciones y aventuras tomaran cuerpo, aunque no fuera más que como ocasión de desquite político o también, de ser necesario, como útil válvula de escape para la eliminación de elementos aun más aventurados y también más decididos, como Catilina. Es cierto que en esta época el juego político no pareció conocer más límites. La situación era muy delciada, se trataba de un senado de nobles, muchos de ellos comprometidos, o sus padres o parientes, en las oscurísimas vicisitudes de la época silana precedente, cuando patrimonios enteros habían cambiado de mano luego de una denuncia hábilmente hecha cuando tantos hombres ilustres no habían muerto o habían sobrevivido por malas razones, y que también luego de Sila habían continuado barajando temores y esperanzas; se trataba, entonces, para tales hombres, de juzgar a sus iguales, quienes habían cometido el error tremendo de traicionar a su casta y al mismo tiempo de ir demasiado a fondo, más allá de lo lícito y lo oportuno, en una tendencia a la aventura que muchos habían probado en mayor o menor grado o que podían probar, o en la que podían verse implicados. La condena a muerte era posible, y por cierto deseada por muchos, dado que era conveniente que mucha gente no pudiera hablar nunca más; pero se debía salvar un obstáculo importante, la cualidad de ciudadanos romanos de los conjurados, por la cual ellos tenían derecho de apelar al pueblo. En todo caso, aun cuando la situación no era tal que se pudiera profundizar demasiado en materia de garantías jurídicas, valía la pena preguntarse qué era lo que se estaba haciendo, qué precedentes se estaban sentando para el futuro que, en todo caso, no podía suponerse sereno. El debate fue largo y parecía prevalecer la opinión de la condena a muerte: el cónsul designado, Silano, la propuso formalmente. Salustio, en su extraordinario opúsculo histórico, refiere en este punto, por entero, el discurso de César. Éste es uno de los fragmentos más notables del opúsculo, sobre todo si tenemos en cuenta que con toda seguridad, por lo menos en general, el sentido del discurso de César tal como se lo expone aquí corresponde a la realidad de lo que se dijo. Según nosotros, vale la pena referir aquí largos pasajes: se trata, en efecto, del único texto amplio "cesariano" que poseemos, no escrito por el mismo César; no pretendemos decir que con esto se pueda considerar una más objetiva exposición del pensamiento o del arte de la convicción propios de César (Salustio es, afortunadamente, mucho más que un "historiador objetivo", y por otra parte era un cesariano).

Contra la pena de muerte

"Quienquiera, oh padres conscriptos —comenzó César— delibere sobre cuestiones dudosas, debe carecer de odio, simpatía, cólera y piedad. Cuando estos sentimientos están presentes, el ánimo difícilmente sabe distinguir bien, y nadie logró nunca seguir al mismo tiempo lo útil y la pasión... Yo podría hacer una reseña de todos los errores cometidos por reyes y pueblos mal aconsejados por la ira o la misericordia. Pero prefiero recordar aquellos casos en los que nuestros antepasados supieron deliberar justamente y según la razón contra la pasión. Por ejemplo, durante la guerra macedónica sostenida contra el rey Perseo, la grande y magnífica ciudad de Rodas, que se había enriquecido mediante la ayuda romana, nos fue adversa y desleal. Pero cuando al final de la guerra se deliberó acerca de su suerte, nuestros antepasados, para que nadie dijera que habíamos hecho la guerra no porque estuviéramos ofendidos sino ávidos de riquezas, perdonaron a los de Rodas... Y también vosotros, padres conscriptos, debéis evitar que el crimen de Léntulo y de sus cómplices tenga más peso ante vosotros que la preocupación de vuestra dignidad [*dignitas*], y que vuestras deliberaciones sigan más la ira que la gloria. En realidad, si se pudiera hallar una pena digna del delito de ellos, propondría directamente una deliberación sin precedentes, pero si la enormidad del delito sobrepasa todo lo que se puede imaginar, yo pienso entonces que es oportuno atenerse al uso de la ley.

La mayor parte de aquellos que hablaron antes de mí se han compadecido con palabras adecuadas y espléndidas del peligro de la república. Enumeraron los horrores de la guerra, lo que les ocurriría a los vencidos: violación de vírgenes, hijos arrebatados al seno de los progenitores, madres de familia convertidas en escarnio por los vencedores, templos y casas despojados, estragos e incendios, en fin, todo colmado de armas, cadáveres, sangre y luto. ¿Pero, para los dioses inmortales, qué sentido tienen estos discursos? ¿Fueron hechos para haceros odiar más la conjuración? Pero es evidente que quien no se haya sentido conmovido por la realidad, no lo será por las palabras. No es esto; a ningún hombre la injuria que se le hace le parece pequeña, antes bien, a muchos les parece aún más grave que lo justo. Pero otros tienen otra libertad, padres conscriptos. Si aquel que vive una vida oscura se deja arrastrar por la cólera, y se equivoca, pocos lo saben porque su notoriedad es relativa a su situación. Pero quien tiene un poder muy grande, y por lo tanto conduce su vida en alto, expuesto a las miradas, todos saben lo que él hace. Por ello, en la cima del poder no hay espacio para el terror. No se puede amar ni odiar, y muy poco encolerizarse; lo que entre los otros es considerado iracundia, en quien gobierna es llamado soberbia y crueldad. En cuanto a mí, padres conscriptos, como dije, yo pienso que ninguna pena puede igualar el delito sobre el que hablamos; pero casi todos los hombres recuerdan sólo la última parte de los sucesos, y si están en cuestión los malvados, ocurre que nos olvidamos de sus delitos y recordamos la pena que se les infligiera, aunque no haya sido demasiado severa.

La propuesta de Silano [es decir, la condena a muerte] ... me parece, no diré cruel ... pero ajena a nuestra constitución. Cierto, Silano, que sólo el temor y la enormidad del crimen pudieron convencerte, cón-

1

1. El Pont du Gard en Provenza, acueducto romano del 19 a. C. (Mairani)

2. El arco romano de Glanum y el Mausoleo de los Julios en St. Remy, en Provenza (Mairani).

3. Ruinas de Glanum, la antigua ciudad de Galia, conquistadas por los romanos (SEF).

En la página 132:

1. Bárbaro prisionero. Detalle de un gran relieve del arco triunfal de Carpentras (Colonia Julia Carpentrate) aprox. 15 a. C. Calco en el Museo de la Civilización romana, Roma (Alinari).



2



3


1

sul designado, a proponer una pena no prevista por las leyes . . . Pero por los dioses inmortales, ¿por qué no has agregado a tu parecer que los condenados sean primero fustigados? ¿Tal vez porque lo prohíbe la ley Porcia? Pero otras leyes prohíben igualmente quitar la vida a los ciudadanos condenados, y no prevén penas superiores al exilio . . .

Pero, se dirá, ¿quién osará reprochar lo que decretemos contra los parricidas de la república, sino el tiempo, el día, la fortuna, cuyo capricho gobierna los pueblos? Cualquier cosa que hagamos contra los delincuentes, lo habrán merecido; pero, padres conscriptos, mirad las cosas desde otro punto de vista, y considerar el efecto que puede tener para otros lo que decidáis. Todos los abusos nacieron de medidas útiles; pero cuando el gobierno llega a manos de gente incapaz o deshonesta, este ejemplo extraordinario ahora aplicado a gente que lo merece, será aplicado a quien no lo merezca. Pensad en lo que ocurriera a los atenienses, en época de los Treinta, o entre nosotros en la época de Sila . . . Por cierto, yo no temo nada por el estilo ni de Marco Tulio ni de nuestros tiempos, pero en una ciudad tan grande los pensamientos son variados y múltiples. Puede suceder que en otro momento, con otro cónsul, pero que igualmente tenga en sus manos un ejército, se tome por verdadero algo falso; y si entonces, por el ejemplo que hoy da el Senado, aquél cónsul desenvaina la espada, ¿quién pondrá un límite, quien podrá controlarlo?

. . . ¿Pienso, tal vez, que se deba dejarlos en libertad para que vayan a aumentar el ejército de Catilina? No, por cierto. Pienso, en cambio, que se deben confiscar sus propiedades, distribuirlos, encadenados, en aquellos municipios que estén más provistos de tropas; que nunca, en el futuro, sus suertes puedan ser discutidas en el Senado o ante el pueblo, y si alguno hiciera lo contrario, que el Senado lo proclame enemigo del Estado y de la paz pública."

En este discurso existen algunos elementos que saltan a la vista inmediatamente, otros que se evidencian luego porque están ocultos a primera vista, por lo menos para nosotros que lo leemos después de pasado tanto tiempo: pero no debemos olvidar que por testimonio de la tradición (no sólo de Salustio) el discurso de César casi decidió a la asamblea contra la condena a muerte, lo que significa que fue muy "convincente", y que, al escucharlo, muchas cosas ocultas debieron resultar clarísimas.

Ante todo, resulta claro que es un discurso muy hábil, porque las argumentaciones fundamentales son ricas en implicaciones que cada uno podía tomar para sí, y algunos podían sentirse directamente atacados. En realidad es, estructuralmente, un discurso de amenaza, y su fuerza reside en conseguir darle a la amenaza una imagen per-

fecta de las dos supremas virtudes de la romanidad gubernativa: la sabiduría y la legalidad. Es sabio no ceder a la ira, y no permitirse olvidar que el valor supremo es la gloria y la dignidad, no la venganza y la cólera. Principio fundamental de la ética antigua: lo que conviene a un particular no conviene a quien tiene responsabilidades públicas. Aquella parte inicial sobre los ejemplos de los antepasados, sobre la sagacidad diplomática que es también sentido del decoro y de la altura del imperio, podía sonar muy bien a los oídos educados de un Cicerón y de los otros. Y también fue admirable la habilidad con que se demolía la propuesta de condena a muerte; es ilegal y, además, inadecuada al fin. Entonces, ¿por qué no la fusta? O inventamos tormentos inauditos o permanecemos en el ámbito de la ley. La ley era siempre un nombre augusto para la clase dirigente romana, y nadie osaba, ni osó nunca, afirmar que el propio comportamiento político fuera contrario a la ley. Por cierto, podía parecer casi ridículo invocar a la ley después de decenios como aquellos que transcurrieron desde el asesinato de Tiberio Graco en adelante; pero en realidad, un discurso sobre la ley era lo que hacía falta. Tampoco Silano salía muy bien de la sutil pero mordaz acusación de haber olvidado su dignidad de futuro custodio del supremo poder, dejándose arrastrar por el temor y la rabia a hacer propuestas ilegales. Por cierto, ¡qué bello cónsul se había elegido para el año próximo!, y pensar que era uno de los mejores. Las virtudes supremas, entonces, prudencia, realismo, legalidad, estaban al servicio de la causa de César.

Pero el nudo político del discurso no está aquí; éste es sólo el marco oratorio, por cierto convincente y concreto en una asamblea como el senado romano; pero no digno todavía de César, y también cierto, no de César vivido, amado, escuchado, recordado por Salustio. El nudo político reside en la amenaza.

Y también la amenaza tiene un sentido extraordinariamente concreto y convincente, porque no se presenta en la forma, que habría sido insoportable y además débil, de la alusión directa. En aquel momento, César no era especialmente fuerte, y si es cierto lo que nos narran, también corría, en el inflamado clima del temor y la reacción, un grave riesgo personal. No tenía ninguna carta particular que jugar para apoyar la amenaza; las masas populares estaban bloqueadas por el temor despertado también en las mismas por el descubrimiento de la conjura, acostumbradas como estaban a moverse bajo la protección y la guía de grandes jefes reconocidos e importantes, por gloria o nobleza, y no a seguir a aventureros desacreditados o directamente a moverse con jefes propios y por iniciativa propia. Probablemente, tampoco César tenía intención de unirse al pueblo, justamente en este momento en que hacerlo significaba jugar la carta de la facción en las condiciones peores, cuando la iniciativa estaba en manos de los adversarios; y podía significar la identificación entre pueblo y conjurados, lo que lo habría reducido a él, Cayo César, al rango de sostenedor de Catilina o de Léntulo. César era demasiado hábil y al mismo tiempo, no estaba en la situación particular de un Catilina o de un Léntulo. Por otra parte, él no hablaba en favor o en contra de los conjurados. Ya sea que de un modo o de otro, hubiera estado al corriente de la conjuración, ya sea que no lo hubiera estado, éste era para él (no podía no serlo) un asunto concluido. ¿Por qué, entonces, no solicitar la condena a muerte? ¿Para qué asumir una posición difícil frente al senado, con un discurso diferente, que podía suscitar alguna sospecha de connivencia? Tuviera o no conciencia (pero nos parece muy probable que la tuviera) César demostró aquí una maestría notable; había tenido razón Sila (si en realidad lo había hecho, pero aquí es preciso creer que la anécdota sea verdadera) al decir: "próceres, desconfiad de aquel joven de la cintura floja". El hecho es que si también César hubiera solicitado la pena de muerte, o hubiera adherido a posiciones como la de Silano, y luego de Catón, habría demostrado un gran sentido de la oportunidad momentánea; aunque la sospecha de no desconocer la conjuración, o directamente de ser partícipe de la misma, no hubiera desaparecido (el arte de solicitar la condena a muerte de los reos no era realmente desconocido a los romanos), de todos modos nadie habría podido sostener que César había actuado en modo diverso en cuanto a los más autorizados senadores, y que había sido menos que nadie al competir en la defensa de la patria ofendida y amenazada. Pero este comportamiento, digno de cualquier otro hombre político "importante", no era evidentemente digno de César. Y esto no porque estemos obligados a reconocer la impronta del genio, como muchos han hecho, en cada uno de sus pasos; sino porque efectivamente su comportamiento político, en esta ocasión, parece originalmente complejo.

Si César hubiera solicitado la condena a muerte, entonces, no habría podido hacer lo que en cambio deseaba y, políticamente, debía hacer: un discurso dirigido mucho más a los colegas senadores, al cónsul Cicerón, al *futuro*, al pueblo romano, que al limitado episodio y al restringido problema de la conjuración. La diversidad del discurso de aquél, implícito en la narración salustiana, de los otros, y también del de Catón, que también recuerda Salustio, está en el hecho de que César aprovecha el momento para abrir una perspectiva política, fundada y que al mismo tiempo justificaba una amenaza, no para cerrar un episodio oscuro de lucha civil. No deis la condena a muerte, él dice, porque si la dais, la misma podrá mañana, por medio de este precedente, ser dada a vosotros. Prestad atención, todos, a lo que hacéis; tú, Silano, tú Marco Tulio (que no eres un Sila, ¡por cierto! —la ironía es evidente—), y vosotros, que habéis hecho todos aquellos tremendos discursos acerca de las vírgenes violadas y los altares enfangados (aquí la ironía se mezcla al desprecio por el mal gusto y la retórica banal, más que con la implícita insolencia, ligeramente cínica, de un César que por vivir dentro y ser uno de ellos sabía bien cuan cándidos eran la mayor parte de los senadores romanos); estad bien atentos, porque la decisión que se retoma nos concierne a todos. No es lo que hacéis lo que cuenta, sino cómo lo hacéis.

El veneno del argumento era mezclado y complicado. Por una parte, César insinuaba la sospecha de que algunos de los presentes pudieran mañana continuar el actual abuso "con fin de bien", y realizar abusos delictuosos o nacidos de la estupidez y de la mala información; con lo que llamaba la atención de todos sobre la más discutible infalibilidad de esta asamblea. Por la otra, al mismo tiempo, evocaba el fantasma de una no mejor identificada mutabilidad de la opinión popular, de los tiempos, de la fortuna, por la cual, evidentemente, los actuales hombres dignísimos habrían podido ser condenados mañana "indignamente". Esparciendo así al mismo tiempo el descrédito y el temor, César intentaba compensar el temor en aquel momento dominante, el temor por la conjuración. En sustancia, en esto tenía perfectamente razón, y al servir a su propio plan identificaba también muy claramente la situación. La conjuración, aparte del ejército de Catilina en Etruria, estaba vencida; era la realidad de la opinión pública, de la lucha política, eran los peligros y la incertidumbre de la situación los que no habían sido vencidos ni habían desaparecido. Resulta difícil decir qué quería decir exactamente César cuando hablaba de "un cónsul" que mañana, mal informado, remitiéndose al precedente de hoy, desenvainara la espada; ¿tal vez deseaba amenazar a un César, mañana poderoso? ¿O tal vez deseaba recordar simplemente que la verdadera, grande patria, aquélla de la cual la conjura ahí felizmente descubierta era antes bien una diversión, y una pausa desagradable, de ninguna manera se había terminado? En sustancia, también aquí César unía con sutil malicia el tema de la amenaza con el elogio de la virtud: respetemos las leyes hoy, de lo contrario, ¿quién nos garantizará mañana? Pero en una asamblea de tal tipo ninguno podía engañarse realmente, y el discurso de César significaba lo que significaba: sed moderados, hoy, con vuestros compañeros de casta que traicionaron, pero que son, sin embargo, ciudadanos romanos; recordad que romper, para defender los

propios temores, el freno de la ley en una materia tan delicada como la vida de los ciudadanos significa desencadenar lo desconocido: y lo desconocido es el pueblo romano, oh padres conscriptos, quien a su vez pasará a ser cabecilla, de un modo u otro, con otra habilidad y dignidad que la de un Catilina o de un Léntulo. La amenaza era tanto más hábil porque proporcionaba el pretexto para evitarla. Además, si el senado hubiera votado en favor de la clemencia de César, éste hubiera obtenido una fuerte victoria de prestigio y al mismo tiempo se hubiera sustraído a la necesidad de una elección que indudablemente le repugnaba, hombre de la república como era, es decir, una elección sin compromisos entre "nobles" y "populares".

Marco Porcio Catón, líder de los conservadores, rebatió con un discurso que es al mismo tiempo una obra maestra de torpeza política, de estrechez de miras, de altos ideales y de eficaz buen sentido. Catón no entendió nunca la amenaza latente en el complejo discurso de César. César, diríamos, comprendía muy bien cuál era el sentido de la crisis en curso. Conocía sus peligros reales, y así como podía sentirse pronto a explotarlos cuando hubiera concluido que no se podía hacer otra cosa (menos sacrificar su propia *dignitas* de príncipe romano, lo que ni siquiera podía pasarle por la cabeza), también se sentía pronto a hacer cualquier cosa por evitarlos. Catón, por su parte, atribuía la crisis al exceso de lujo y a la avidez de ganancias, a la corrupción de las costumbres y a la incapacidad de la clase dirigente de ser clase dirigente en todo; de ser, más que gobernante, *ejemplar*. Esta clase gobernante perdonaba a los otros porque deseaba perdonarse a sí misma; estaba dispuesta a la indulgencia, porque la solicitaba para sí; pero él, Catón, carecía de indulgencia para consigo mismo, y no veía por qué habría debido ser indulgente con los criminales que —y aquí a su modo fue habilísimo— habían amenazado y amenazaban los *haberes* de los próceres entre los romanos. Del discurso de César, Catón tomó, aparte del elemento irreligioso (César no demostraba creer en la condenación infernal de los criminales), un sólo elemento político, y de ello parecía enorgullecerse como de una gran agudeza, mientras se puede pensar que ello, en la intención de César, era del todo marginal: es decir, la posibilidad de que el mismo César deseara salvar la vida de los malditos condenados para conservarla para futuras conjuraciones (Catón no dice esto abiertamente, pero lo deja entender). No era por cierto ésta la sustancia del juego de César. Catón supone que venció sobre todo porque supo atemorizar bien a sus colegas senadores acerca de sus haberes, y también porque, único entre todos, les presentó un modelo moral de clase dirigente digno de este nombre, despertando así aquel típico reflejo de inferioridad que los viciosos tienen para con la virtud, y la conjuración terminó como terminó. Pero César, tres años después, fue cónsul y como tal, en el pleno respeto de las propias funciones, llevó a la prisión, si bien por poco tiempo, a Catón, que no lo respetaba lo suficiente; y después de partir hacia las Galias desencadenó a Clodio y a su banda sobre Roma; y Clodio mandó al exilio a Cicerón, acusándolo de haber hecho morir a ciudadanos romanos sin acordarles el derecho de apelación al pueblo.

Hacia la guerra civil

Nos hemos detenido en este discurso de César tomado de Salustio porque es tal vez el testimonio más significativo de una habilidad política que no tenía fin en sí misma, ni estaba limitada en su objetivo, sino que estaba al servicio de una visión vasta y compleja. Ya hemos observado que (si bien la tradición histórico-biográfica antigua demuestra pocas dudas acerca de este punto) no se debe aceptar la tesis simplista y psicológica según la cual César acarició desde su juventud el plan de derribar la república y apoderarse del poder supremo. La acusación de aspiración a la tiranía se remonta, indudablemente, a los contemporáneos de su carrera política, y es muy precoz; pero no debemos olvidar que se trataba de una acusación bastante fácil, que correspondía a los estados de ánimo y a los temores del tiempo, cuya determinación y cuyas razones no son siempre fáciles de hallar. Por otra parte, sería un error ridículo pensar que, por el contrario, César haya sido un ciudadano que observara las leyes, o que la perspectiva del poder absoluto sólo se le haya presentado en el último momento. Esta tesis es tan ingenua como esquemática es la tesis opuesta. En realidad, parece haber existido en César la conciencia precoz y constante de que el juego político en el que él participaba era difícilmente controlable y enmarca en los límites, por lo menos formales, de la constitución republicana, y que el riesgo y al mismo tiempo la tentación de desembarazarse de todos los obstáculos podía presentarse de un momento a otro en forma concreta. En efecto, no sólo los recuerdos pasados de los Mario, Cina, Sila, sino también el espectáculo presente de la incapacidad orgánica de la clase dirigente senatorial en cuanto a darse una fuerza y un prestigio autónomo —espectáculo sobre el cual también Catón llamaba violentamente la atención, reservándose aparte el rol de paladín también el de suegra—, no podían dejar de inducir a un individuo como César, participante por derecho de nacimiento en el juego, pero también por derecho de inteligencia superior al primero, a concluir que una república de ese tipo podía necesitar de pronto un protector, y que, si así debía ser, no había razones para que el protector no fuera Cayo César. Cuyas intenciones democráticas, en sentido absoluto, pueden y deben ser puestas en duda; en general, porque convicciones ideológicas precisas, en el sentido de una elección 'social', son casi imposibles de hallar en el mundo romano, y en particular porque si César era un hombre de convicciones, no lo era en el sentido ingenuo y espontáneo de la palabra; por otra parte, conocía demasiado bien a la sociedad civil y militar romana como para saber que era imposible tomar parte dogmáticamente por una facción u otra, por los poderosos contra los humildes, o por lo humildes contra los poderosos. Si, entonces, César no puede ser considerado absolutamente, y en abstracto, un demócrata, es cierto que su militancia política fue coherentemente antisenatorial, no en el sentido destructivo de desear abatir la república senatorial, sino en el sentido concreto de desear disminuir poderosamente el prestigio de la cerrada casta de los poderosos romanos, en ventaja de una mucho más vasta participación de los itálicos en el poder y de una mucho más amplia distribución de los bienes sociales entre las masas civiles y militares. Es decir que si César no ha sido un "revolucionario" (y ningún hombre político romano exitoso, por otra parte, lo fue), sintió sin embargo la vastedad y la dureza de la lucha contra ciertos privilegios, y entendió cómo estos privilegios, justamente en el momento en que se concentraban en la ciudadela republicana, haciéndose portadores exclusivos de la tradición de la dignidad y la libertad republicanas contra el desorden de los potentados militares y demagógicos, violaban la sustancia misma de la historia republicana y los principios mismos de la libertad y de la dignidad. Y, en efecto, desde los Gracos en adelante, la exigencia de extender de algún modo el tema sobre la presencia política y social, desde hacía tiempo cerrado para la clase patricio-plebeya, comprendida en la misma la nueva plebe real, es decir, las masas romanas, itálicas, civiles y militares, agrarias y ciudadanas, se había ido abriendo camino. La idea de que en el centro del Estado, es decir en el senado, se hallara radicado un núcleo de familias poderosísimas, en las cuales el debilitamiento de la capacidad de ser verdadera aristocracia política correspondía a un exclusivismo cada vez más duro, y en las cuales la propensión a la ilegalidad en la defensa del propio sistema de privilegios legales se había revelado demasiadas veces para poder ser puesta en duda, esta idea estaba allí, para ser aprehendida por quien quisiera y pudiera aprehenderla. De la misma, después y al mismo tiempo que una larga serie de demagogos, de militares, de políticos (entre los cuales, con todos los vicios y las virtudes políticas que lo caracterizan, emerge Pompeyo) César fue el más grande y original intérprete.

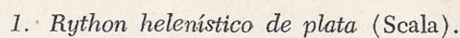
Mientras su legislación consular, por ejemplo la legislación agraria, demuestra claras tendencias a resolver de hecho un dramático problema de participación de las masas populares, civiles y militares, en el bienestar de la república, y en esto hay amplitud de visión político-legislativa con gran energía de conducta, también es cierto, por otra parte, que César decepcionó a muchos, en el período de la guerra civil, como legislador y como demócrata, por lo que no faltaron intentos de "vuelcos a la izquierda" de Curión a Dolabella, y la historiografía moderna ha podido hablar de una detención o involución de la política de César como política democrática. Es difícil definir en pocas palabras este problema histórico, es decir, el del rol de César en la crisis social republicana y en la determinación de aquella confusa pero sustancial coincidencia de intereses fundamentales (entiéndase bien, en el sacrificio de muchos otros intereses importantes) entre masa popular, civil-militar, y autocracia, sobre la que se fundará el principado augusteo. Tampoco lo intentamos aquí: bastará con haber indicado la existencia de este motivo profundo en la historia de César, aquel motivo que aparece en las anécdotas de juventud que hacen, de él, un "mariano", cuando mariano significaba ya, si bien bastante vagamente y sin precisión política, un "demócrata": por lo menos en el sentido negativo, es decir, aquél que deseaba el abatimiento o la fuerte limitación de los privilegios políticos y, por reflejo, también sociales de la oligarquía nobiliaria.

Este elemento, políticamente complejo, que le quita a César el carácter de aventurero y de genio solitario, y lo coloca en el contexto de una historia vastísima, riquísima y complicadísima de la que él no es más que un momento, se percibe muy claramente, si bien en el matiz sutil de la escritura, en aquella obra maestra política, histórica y literaria que es el *Bellum Civile*.

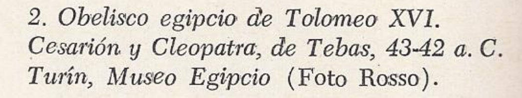
Aquí se capta el problema fundamental, no puramente propagandístico, sino profundamente político de César y de su guerra civil: el de lograr al mismo tiempo abatir a los adversarios, ya declarados e inevitables, salvarse a sí mismo del descrédito de todo aquel mundo que por virtud de él mismo estaba derrumbándose, y distinguir en el campo adverso a los enemigos irreconciliables (no tanto personales como del mundo que trataba de representar —el ejército, el pueblo, la "verdadera" legalidad republicana—) de los adversarios si no ocasionales, por lo menos potencialmente conciliables. La verdadera, dura, implacable polémica de César, durante y después de la guerra civil, no es, entonces, contra Pompeyo y sus grandes ejércitos, sino contra los nobles de la oligarquía que habían obligado a Pompeyo, víctima de su ambición y de su debilidad, a que se uniera a ellos



1

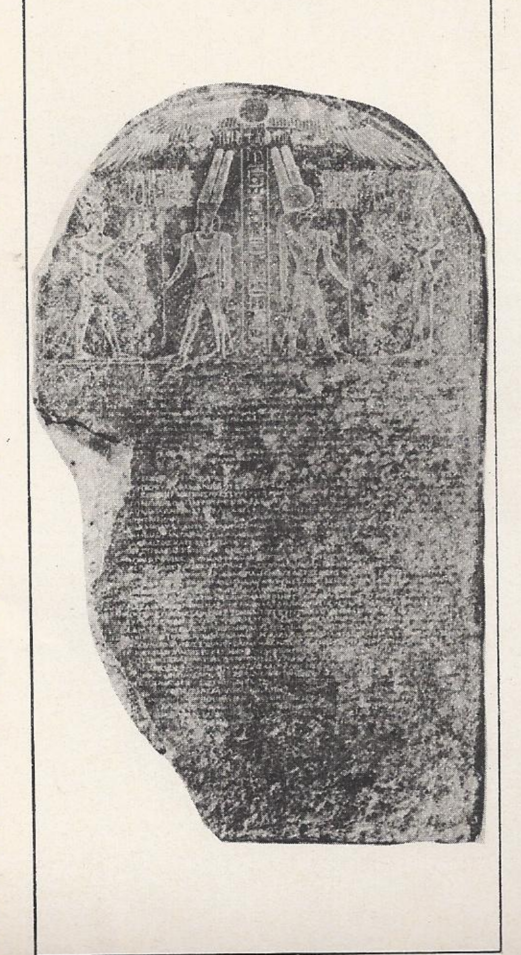


1. *Rython helenístico de plata* (Scala).

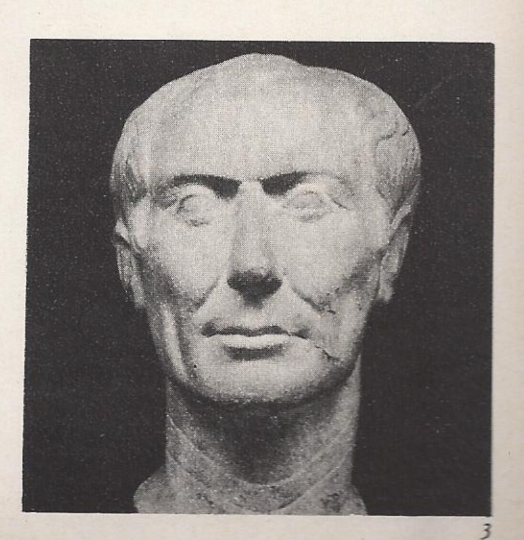


2. *Obelisco egipcio de Tolomeo XVI. Cesarión y Cleopatra, de Tebas, 43-42 a. C. Turín, Museo Egipcio* (Foto Rosso).

3. *Cayo Julio César. 45 a. C. aprox. Castillo de Agliè. Piemonte* (Superintendencia de las antigüedades para el Piemonte, Turín).



2



3

1

1. *Estatua de Octaviano, obra de Cleomenes, Siglo I a. C. París Louvre* (Alinari).

2. *Cabeza velada de Marco Antonio. Anverso de un denario. 44 a. C. Milán, Castillo Sforzesco.*

3. *Pompeyo. París, Louvre* (Alinari).

4. *Marco Bruto. Roma, Museo Capitolino* (Alinari).



2

contra él, quebrando así un vínculo de solidaridad que entre grandes jefes resultaba necesario, y que habían tratado de excluirlo a él, Cayo César, de la familia de los Julios, descendiente de Venus y de Eneas, de la clase *naturaliter* dirigente, convirtiéndolo en un proscripto y en un fuera de la ley.

El Rubicón

"Conocidos estos hechos [la ruptura que se verificara en Roma con respecto a él, con la fuga de los tribunos y la proclamación del estado de emergencia, propuesto por los cónsules Marcelo y Cornelio Léntulo, feroces enemigos de César y nobles arrogantes], César habló a los soldados. Recuerda las continuas injusticias de sus enemigos para con él, y lamenta que Pompeyo haya sido desviado por ellos, por celos y por el deseo de disminuir la gloria de César, que en cambio siempre había apoyado y favorecido a Pompeyo en la búsqueda de los títulos y de las dignidades. Lamenta este inaudito ejemplo de violación de la praxis republicana, la condena y la persecución con las armas de los tribunos en el acto de interceder, derecho que en tiempos no lejanos había sido reestablecido con las armas. Además, aun Sila, que había despojado a la potestad tribunicia de todos sus poderes, le había dejado a ésta el derecho de intercesión; mientras Pompeyo, que pasa por haber devuelto a los tribunos lo que éstos habían perdido, les ha quitado a ellos lo que conservaban. Y además: toda vez que ha sido emitido el decreto que ordena a los magistrados que velen para que la República no sufra daños —fórmula de senado con el que llama a las armas al pueblo romano— se lo hizo para combatir leyes perniciosas, golpes de fuerza de tribunos, secesiones populares, en ocasión de las cuales hubiera habido ocupación de templos y lugares altos; César explica cómo fueron expiados tales tentativas del pasado con la suerte de un Saturnino y de los Graco. Pero hoy no ha ocurrido nada similar, ni siquiera en idea: ni proyectos de ley, ni tentativas de convocación del pueblo, ni secesión. César exhorta entonces a los soldados, que bajo su dirección realizaron campañas particularmente felices durante nueve años por la patria, vencieron tantas batallas, pacificaron Galia y Germania, a defender contra sus enemigos su reputación y su dignidad (*existimationem dignitatemque*)."

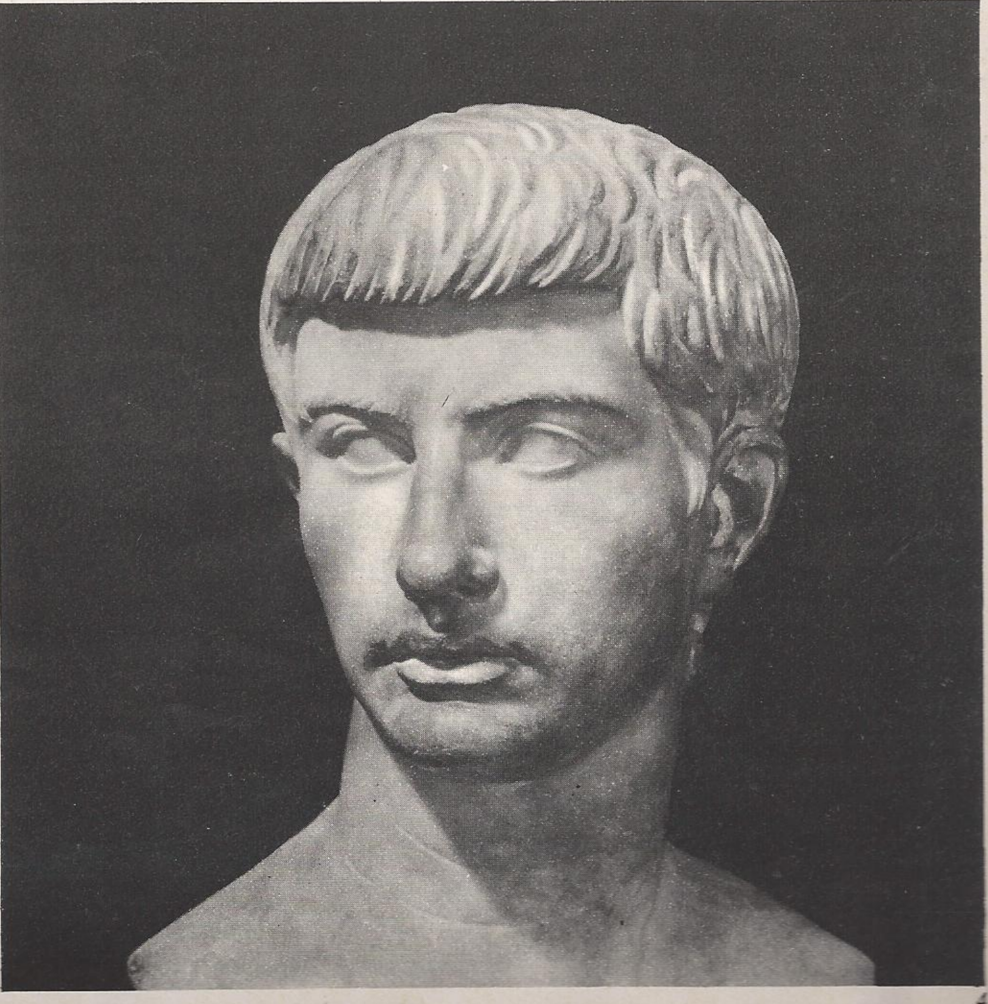
Este pequeño discurso, en la víspera del pasaje del Rubicón, ya sea éste verdaderamente el que César le diera a las tropas —por lo menos en el contenido— o sea el que César, escritor de los *Comentarios,* desea que sus lectores crean que él pronunció a las tropas en aquel momento difícil y delicadísimo, contiene tres puntos políticos fundamentales: la tesis de que él, César, tiene "enemigos", los nobles, que han sabido presionar sobre los sentimientos menos

altos de Pompeyo, induciéndolo a repudiar una antigua colaboración; la tesis de que César no es —y no lo son sus amigos romanos que habían apoyado su causa en el senado— un "gracano", un revolucionario, un demagogo que intenta derrocar el Estado y el orden constituido; la tesis de que, en todo caso, hubo violación de la "dignidad" y de la "reputación" de César, y que por esta dignidad y reputación sus soldados deben batirse ahora.

La mano tendida, implícita pero evidente, a los pompeyanos, la tentativa de aislar al círculo nobiliario anticesariano, la tentativa de pasar por protector de intereses mucho más amplios que no son sólo los del pueblo, y por fin la pretensión de reivindicar el derecho a ser tratado no como a uno cualquiera, sino como al jefe de aquellos soldados que realizaron en Galia lo que realizaron en favor del imperio del pueblo romano, todo ello demuestra una posición política compleja, que tiene muy poco que ver con la imagen de genio solitario, y mucho en cambio con la de un hombre profundamente empeñado en las complicaciones de la sociedad y de la política de su época, nada dispuesto a renunciar al aprecio de aquella sociedad y a los valores que la misma expresara tradicionalmente. El recuerdo, que probablemente es auténtico porque se remonta a Asinio Polión, que estaba con él, de la larga hesitación de César frente a la responsabilidad de dar inicio a la guerra civil violando el confín del Rubicón, no es sólo psicológicamente significativo. En verdad, el sueño de César luego de nueve largos y tremendos años de guerra gálica era, mucho más que el de coronarse rey absoluto de los romanos, el de lograr ser reconocido por lo menos a la par de Pompeyo como supremo protector de hecho del Estado y de gozar el privilegio de un colosal triunfo en Roma, como *imperator*, a la cabeza de sus tropas de ciudadanos a los que les correspondía —y él debe haber advertido muy profundamente este sentimiento— con más justicia el merecido reposo del veterano que la perspectiva de continuar por todo el Mediterráneo, por años, combatiendo contra conciudadanos. Pero, en efecto, este sueño no estaba destinado a realizarse; y entonces aquella previsión (que César no había dejado de alimentar, fomentando facciones y partidos, con la corrupción y la violencia) según la cual podía tornarse posible y necesario el golpe de Estado, estaba por concretarse. De ahí la hesitación: porque César debía tener abundante imaginación política para comprender cuál era el enorme juego que estaba por comenzar, y qué fatiga debería afrontar para obtener aquel triunfo al que consideraba que podía legítimamente aspirar, luego de experimentar todos los caminos útiles para obtenerlo, el camino legal y el ilegal, la corrupción y la violencia clodiana y la conquista de la Galia Boscosa.



3



4

El sentido político, la conciencia de que la guerra civil, a pesar de sus palabras a las tropas, era aún y siempre una guerra política, no dejó nunca de estar presente en su espíritu. Lo demuestra, junto a tantos testimonios antiguos sobre su conducta hábil y, cuando era posible, prudente, el texto de los *Comentarios sobre la guerra civil*. El tema de la posible y debida solidaridad con Pompeyo, realizable si la intriga de los nobles arrogantes no la hubiera obstaculizado, y si Pompeyo mismo no hubiera sido un débil inconsciente de sus verdaderos intereses (César parece decir: no entendía que habíamos sido hechos para comprendernos, y que nuestro destino era común), reaparece otras veces en los *Comentarios*. No sólo por el motivo, más superficialmente propagandístico, de que César deseaba hacer saber a todos cuántas veces, y en vano, le había ofrecido la paz, como por el más verdadero motivo político, de que César había sentido en la oligarquía nobiliaria —justamente aquella casta que ahora lo traicionaba —el enemigo auténtico y feroz que había que aislar y eliminar como tal.

César y Pompeyo

Luego del Rubicón, mientras Pompeyo, por su parte, registra dificultades de movilización muy superiores a lo previsto (y por esto deberá sufrir también el escarnio de sus nobles aliados), los negociados entre los dos jefes continúan. Pompeyo envía propuestas a César, quien responde con un intento muy agudo de restablecer una connivencia a espaldas de los nobles: "César ruega a los intermediarios . . . que transmitan a Pompeyo sus exigencias, para probar si es posible, con un pequeño esfuerzo, dirimir esta gran controversia y liberar a toda Italia del terror. En cuanto a él, César, siempre consideró la dignidad como el valor supremo; por ello sufrió mucho el verse privado del privilegio [de presentarse como candidato a cónsul en ausencia] que el pueblo romano le había conferido, por los propios enemigos en condiciones humillantes, y de verse privado de seis meses de comando . . ."
Sin embargo, él podía soportar este sacrificio por amor a la república, y ha enviado cartas al Senado, proponiendo que todos los generales depusieran el comando, pero no lo ha obtenido. En toda Italia se hacen reclutamientos de tropas . . . Roma está en armas. ¿A qué tiende todo esto, si no a su ruina? Sin embargo, está aún pronto a consentirlo todo por el bien de la República. Que Pompeyo parta hacia sus provincias, que se licencien todos los ejércitos, que todos en Italia depongan las armas, que el terror sea evacuado de Roma, que se les asegure al Senado y al pueblo de Roma el ejercicio del gobierno y la libertad de los comicios. Que, para realizar todo esto más fácilmente, para establecer las condiciones del pacto y para sancionarlas con juramento, Pompeyo se acerque y permita que César se acerque a él; sucederá que los coloquios dirimirán todas las controversias." Si bien el resto es el discurso sobre el programa político general y sobre el pretexto de la guerra iniciada, la última frase demuestra que César esperaba aún salir de la situación dificilísima merced a un encuentro personal, una "reunión cumbre" con Pompeyo, una nueva Luca, menos fastuosa, pero tal vez más afortunada también. Confiaba, evidentemente, en la propia capacidad de persuasión: permitidme hablar con Pompeyo, dice, y dejad que él me escuche: veréis que no podremos no entendernos. Es el diafragma de la nobleza el que se trata de abatir.

Tres veces más, en la *Guerra civil*, se repite este tema; sin embargo, Pompeyo es salvado en alguna medida por César ante sus lectores, como general si no como político. Muchas veces se insiste, en efecto, en el hecho de que Pompeyo no habría deseado realizar batalla con César, consciente de la dificultad de la empresa, mientras consideraba oportuno seguir la táctica del agotamiento; pero se vio impedido por el arrogante apuro de la masa de nobles que poblaban su campo, quienes llegaron a acusar a Pompeyo de querer extender las cosas por el poder extraordinario que él derivaba del hecho de que la guerra estuviera en curso. En este asunto la culpa de Pompeyo fue su debilidad para con sus asociados; pero la responsabilidad primera, el error político de fondo, es de los nobles. Éstos pensaban, justamente, en términos de "situación excepcional": como si el único problema hubiera sido que Pompeyo venciera a César y destruyera la fuerza militar de su partido, y luego que se apartara, permitiendo que la antigua república del círculo aristocrático retomara su "normal" curso de existencia. César insiste, a menudo con tremenda ironía, acerca de esta insensibilidad de los aristócratas (a veces también del mismo Pompeyo) para con el aspecto político general de la situación. Que sus adversarios no habían comprendido realmente cuán complejas eran las condiciones de la guerra, y que en cambio él, César, ha merecido la victoria no sólo porque él mismo y su ejército (lacerado, hambriento, cansado, "popular") fueran militarmente superiores sino también porque su concepción de la situación fue más amplia, es lo que trata que entiendan los lectores de los *Comentarios*, y no existe motivo para creer que se trata sólo de propaganda exterior. César consideraba efectivamente haber sido, y ser, superior a la aristocracia nobiliaria por amplitud de visiones, por saber cuán caras y difíciles eran las condiciones para la victoria, por saber moverse con un espíritu que adhiriera a las verdaderas condiciones de la situación; y nosotros podemos decir también que, por lo menos durante la guerra civil, y por cierto en la primera fase, aquella que culminara en Farsalia, de la guerra contra Pompeyo, César tuvo realmente esta superioridad. Y tan consciente era de ello que llegó a intentar, en un momento muy difícil para él, frente a Durazzo, complicar más aún el juego, dirigiéndose no ya a Pompeyo sino a Escipión, es decir, al jefe de los aristócratas que estaban junto a Pompeyo, intentando dividir a los adversarios adulando al noble y antiguo aliado.
"César . . . envía una carta a Escipión, cuya esencia es ésta: él lo ha probado todo por la paz, pero ahora pensaba no haber conseguido nada porque aquellos que había elegido como mensajeros ante Pompeyo no tenían el coraje de cumplir su propia misión, hablando con el mismo Pompeyo. Pero Escipión poseía tal crédito que podía no sólo exponerle libremente sus ideas, sino que también podía criticar a Pompeyo y reconducirlo al justo camino, del que se había alejado; por otra parte, Escipión era comandante en jefe de un ejército, por lo que, aparte del crédito, disponía también de la fuerza material que le permitiría ejercer la presión. Si él así actuara, la tranquilidad de Italia, la paz de las provincias, la salud del Imperio, todo ello retornaría por mérito de él solo." Pero el intento de César falló una vez más, aunque al comienzo Escipión demostró algún deseo de atenderlo. Evidentemente, en el campo republicano había confianza, en verdad nada injustificada, en que se lograría vencer con la fuerza. En este sentido, a los pompeyanos y a los nobles el plan les parecía bastante claro: era inútil llegar a acuerdos con un hombre terriblemente peligroso como César, cuando era dable desembarazarse de él. Que lo que se jugaba no era solamente el predominio personal de éste o aquél, sino directamente el dominio de una clase dirigente entera, o por lo menos de aquella parte de la misma que continuaba sintiéndose única y privilegiada representante de la tradición, aun los más arrogantes representantes de la nobleza lo entendían. Y si eso estaba en juego, valía la pena jugar el todo por el todo, ahora que se gozaba de una posición militar y económicamente fuerte, y políticamente, a pesar de la catástrofe de España y la pérdida de Italia, nada perjudicada; si es cierto que en Roma los amigos de Pompeyo y de la nobleza celebraron en forma abierta la victoria de Durazzo sobre César, y si todo parecía ya predisponerse para el último acto, casi una formalidad: la eliminación física del jefe con su ejército.

Esto, sin embargo, no ocurrió; y la noche del 9 de agosto del 49 a. C. (fecha antejuliana) el ejército de César podía contemplar estupefacto las maravillosas tiendas, los pabellones lujosos, las vajillas preciosas, los despojos de la aristocracia muerta o fugitiva del campo de Farsalia. Pompeyo,


ESSENDO CEȘARE
in lumbardia asouernare como
di sopra hauemo dito/molte t
nouelle aluy erano referite · per
Lettere di Labieno anchora cer-
tificato fue/tuti li belgi che la
tercia parte di gallia/como/
e dimonstrato otteneno/contra el populo di
Roma noua coniuratione incominciare/e gli
ostadi fra loro insieme dare/Le cagione di tale cō

extrañamente consternado, casi indiferente, se había marchado con ropas ajenas y a caballo con pocos de los suyos aún antes de que terminara la batalla; y César le reprocha esto, así como en el contraste entre el esplendor del campo pompeyano-nobiliario y el propio ejército de mendigos-héroes, el vencedor no olvida insinuar, eficaz porque contiene moralismo oficial antilujo, su condición de populismo. Pero Pompeyo, probablemente, antes que enfermo (como el más reciente biógrafo casi demostrara), estaba lúcido; había entendido que con los aliados que tenía, a su edad ya no joven, toda esperanza de predominio estaba perdida para él. ¿Condiciones estratégicas y tácticas mejores que las que había tenido en Farsalia, cuándo habría podido obtenerlas? Y a su modo debe haber admirado la astucia inimitable con la cual, merced a un nuevo uso de las tropas ligeras, César había anulado su aplastante ventaja con la caballería. Todo había terminado, para él, y un gran general como él sabía bien cuándo la batalla estaba perdida; no tenía necesidad de esperar. Pero justamente en esto también era distinto a César, y aquí César no podía entenderlo. A él ya le había ocurrido en Galia (a Pompeyo, en cambio, nunca) estar al borde inminente del desastre absoluto. Su línea había sido la de continuar; y en esta fría, mística obstinación evidentemente aun César no comprendía bien que era muy *distinto* de Pompeyo y de cualquier otro.

"Sidus Iulius"

Hemos hablado mucho de César político, antes de la guerra civil y en la guerra civil. No hemos hablado, salvo muy por encima, de aquel César que al conquistar Galia dirigió hacia nuevos caminos la historia de Europa y de la civilización. Así como, prácticamente, sobrevolamos al César triufador de todos sus enemigos, que se pone a trabajar para restaurar la República, para modificar ciertos aspectos de la misma, para reconstruir la paz reconstruible, para alargar, con la inmensa expedición pártica, los confines hacia un Oriente digno de Alejandro Magno. Al tener que elegir, hemos preferido dirigir la atención hacia aquel aspecto de César que lo convierte más en exponente de la crisis de la República que en el que la supera en un nuevo orden social, político, constitucional. Y esto porque, en el fondo, nos parece que César fue, sobre todo, un momento de aquella crisis, el exponente más genial y singular de la misma, el actor protagonista; no el fundador de un nuevo curso. Él estuvo también en esto; pero en esto es imposible aún más que en el resto hablar de él sin abordar globalmente el discurso sobre la "revolución romana", como la llamara Syme en los años precedentes a la segunda guerra mundial, cuando la "revolución fascista" y "nazi" recordaban poderosamente este problema de cómo, mediante ciertas barbaries y negaciones, nuevos estratos sociales sin honor ni mérito logran con el fraude y la violencia conquistar el derecho de participar en el gobierno y de determinar la historia económica y política del propio país. Pero estamos de acuerdo con aquellos constitucionalistas que sostienen que César representa la crisis constitucional, no la resuelve. El hecho es que, sin embargo, la representa en modo del todo particular, la hace explotar y comienza también a pensar una solución para la misma. Si es así, ocurre que el César protagonista de sus tiempos no es tanto el hombre que en los últimos días de vida aspira al reinado, el "primer emperador romano", como el César que domina los años del 65 al 44 con su acción y reacción, su inteligencia de político excepcional que sabe ser historiador contemporáneo, no sólo escribiendo perfectamente obras perfectas de historia y memorialismo, sino pronunciando discursos como aquél por la conjura de Catilina, donde todos los nudos de la época se hallan comprendidos.

En este sentido, la política de César, el protagonista del fin de la república nobiliaria romana, fue todo lo contrario de un fracaso. De él, como hombre de un tiempo trágico que se debía olvidar, la época siguiente que sin embargo tanto le debía —si no más, la adopción del joven Cayo Octaviano, luego Augusto—, trató de hablar lo menos posible; Livio, lo hemos recordado ya, escribió que resultaba incierto si el nacimiento de César había sido un bien o un mal para el mundo. Varios años después, en un clima de ideología de oposición "republicana", el César de la *Farsalia* de Lucano, responsable de la guerra civil, es salvado sólo como instrumento del Destino, que ha deseado la ruina de Roma a través de los actores de aquella guerra.

En el libro VI de la *Eneida*, el más profundo, sacro e importante del divino poema, Anquises muestra a Eneas las sombras de los futuros héroes de Roma "Y aquellas dos almas que tú ves resplandecer en iguales armaduras, ahora concordes mientras están envueltas en la noche, ¡ay! cuánta guerra entre ellos, si toman la luz de la vida, cuántos ejércitos y estragos suscitarán: el suegro descendiendo de los Alpes y de la fortaleza de Monoicos, el yerno apoyado en Oriente; oh! hijos míos, no acostumbréis vuestro ánimo a tan bárbaras guerras, no dirijáis vuestras fuerzas contra las vísceras de la patria; y tú, sobre todo, que derivas tu estirpe del Olimpo, da ejemplo de moderación; arroja las armas de la mano, ¡oh sangre mía!...".

Si la gloria gálica fue siempre para César, en la memoria y tal vez también en la realidad, él fue sobre todo el hombre de la guerra civil. De ahí la lejanía astral y fría, nocturna y silenciosa, desde la cual mira a la historia romana que le sigue: es el *sidus Iulius*.

Bibliografía

La bibliografía sobre César es, obviamente, ilimitada; de la misma y de las fuentes antiguas se encuentra un cuadro actualizado en la última edición (1965) del *Trattato di Storia Romana*, vol. I, de G. Giannelli y S. Mazzarino. Las obras citadas en el texto son: M. Gelzer, *Caesar, der Politiker un der Staatsmann*, 3ª edición, Wiesbaden, 1960 (pero la obra fue concebida en 1921); R. Syme, *The Roman Revolution*, Oxford, 1939; J. Carcopino, *La république romaine de 133 a 44 a. J.-Chr.*, vol. II, *César*; y del mismo autor, los diversos ensayos cesarianos en *Passion et politique chez les Césars*, París, 1958; *Les étapes de l'impérialisme romain*, París, 1961. Estudios recientes y agudos de L. Canali, *Personalità e stile di Cesare*, Roma, 1963; sobre Salustio, aparte de Syme, *Sallust*, Londres; La Penna, *Sallustio e la "rivoluxiones romana"*, Milán 1968. Ver además el ensayo de A. Momigliano, *Per un riesame della storia dell'idea del Cesarismo*, en *Secondo contributo*, etc., Roma, 1960, p. 273.

En español puede consultarse:

A. Aymard y J. Auboyer, *Roma y su Imperio*, Madrid, Destino; J. César, *Obras Completas*, Buenos Aires, El Ateneo; P. Grimal, *El siglo de Augusto*, Buenos Aires, Eudeba; P. Grimal, *La civilización romana*, Madrid, Juventud; J. Madaule, *César*, Buenos Aires, Eudeba; A. Piganiol, *Historia de Roma*, Buenos Aires, Eudeba; M. Rostovtzeff, *Historia social y económica del imperio romano*, Madrid, Espasa Calpe.

En la página 139:

1. Página de los Comentarios *de la guerra gálica de C. J. César, divulgados por P. C. Decembrio y dedicados a Felipe María Visconti. Manuscrito del siglo XV. Florencia, Biblioteca Riccardiana, ms. 1569, f. 31.*

Ya aparecieron 8 magníficos tomos encuadernados

Tomo EL MUNDO CONTEMPORANEO (I): fascículos 2, 5, 6, 9, 11, 14, 18 y 23.

Tomo LAS REVOLUCIONES NACIONALES: fascículos 8, 13, 15, 20, 22 y 27.

Tomo EL SIGLO XIX: LA REVOLUCION INDUSTRIAL: fascículos 1, 10, 21, 24, 31 y 36.

Tomo CRISTIANISMO Y MEDIOEVO: fascículos 7, 16, 25, 30, 34, 42 y 43.

Tomo LA CIVILIZACION DE LOS ORIGENES: fascículos 12, 19, 26, 39, 44 y 45.

Tomo LA REVOLUCION FRANCESA Y EL PERIODO NAPOLEONICO: fascículos 4, 17, 29, 38, 46, 49 y 51.

Tomo EL MUNDO CONTEMPORANEO (II): fascículos 28, 33, 35, 40, 85, 86, 87 y 94.

Tomo: LAS REVOLUCIONES NACIONALES (II): fascículos 32, 57, 59, 84, 99 y 100

Los tomos están lujosamente encuadernados en tela plástica, con títulos en oro y sobrecubiertas a todo color.

COMO EFECTUAR EL CANJE:

Ya mismo pueden cambiar sus fascículos sueltos de LOS HOMBRES por los tomos encuadernados.

Para efectuar el canje personalmente deben entregar los fascículos en perfecto estado y la suma de $6.50(m$n.650.-) por cada tomo.

Para efectuar el canje por correo deberán enviar un giro postal o bancario por la suma de $6.5 (m$n.650.-) por cada tomo y $ 1.- (m$n. 100.-) para gastos de envío, a Centro Editor de América Latina, Rincón 79/87, Capital.

Recibirán los tomos en un plazo de 30 días.

Importante:

1. Cada tomo puede canjearse por separado.
2. Si le falta algún fascículo, puede adquirirlo en Centro Editor de América Latina, Rincón 79/87, Capital.

DONDE EFECTUAR EL CANJE

CAPITAL

LIBRERIA DEL VIRREY
Virrey Loreto 2409

LIBROS DIAZ
Mariano Acosta 11 y Rivadavia 11440, Loc. 46 y 47

LIBRERIA EL CANDIL
Uruguay 1251

LIBRERIA EL HOGAR OBRERO
Rivadavia 5118

LIBRERIA GONZALEZ
Nazca 2313

LIBRERIA JUAN CRISTOBAL
Galería Juramento, Cabildo y Juramento, Loc. 1, Sub.

LIBRERIA LETRA VIVA
Coronel Díaz 1837

LIBRERIA LEXICO
J. M. Moreno 53 y Cabildo 1179

LIBRERIA PELUFFO
Corrientes 4279

LIBRERIA SANTA FE
Santa Fe 2386 y Santa Fe 2928

LIBRERIA SEVILLA
Córdoba 5817

LIBRERIA TONINI
Rivadavia 7302 y Rivadavia 4634

VENDIAR
Hall Constitución

LIBRERIA CENTRO EDITOR DE

GRAN BUENOS AIRES

AVELLANEDA
LIBRERIA EL PORVENIR
Av. Mitre 970

HURLINGHAM
MUNDO PLAST
Av. Vergara 3167

SAN MARTIN
LIBRERIA DANTE ALIGHIERI
San Martín 64 - Galería Plaza

SAN MIGUEL
LIBRERIA VIRICO
Av. León Gallardo 1173

VILLA BALLESTER
LIBRERIA EL QUIJOTE
Alvear 280 - Gal. San José, Loc. 7

INTERIOR

BUENOS AIRES

BAHIA BLANCA
LIBRERIA TOKI EDER
Brown 153

LA CASA DE LAS REVISTAS
Alsina 208

LIBRERIA LA FACULTAD
Moreno 95

GARRE
RAMON FERNANDEZ

MAR DEL PLATA
LIBRERIA ERASMO
San Martín 3330

PERGAMINO
PERGAMINO EDICIONES
Mercedes 664

CORDOBA

EL EMPORIO DE LAS REVISTAS
Av. Gral. Paz 146, Loc. 1

JOSE G. LERCHUNDI
Paraná 26

CORONEL MOLDES
CASA CARRIZO
Beigrano 160

CORRIENTES

LIBRERIA DEL UNIVERSITARIO
25 de Mayo esq. Rioja

CHACO

RESISTENCIA
CASA GARCIA
Carlos Pellegrini 41

ENTRE RIOS

PARANA
EL TEMPLO DEL LIBRO
Uruguay 208

CONCEPCION DEL URUGUAY
A. MARTINEZ PIÑON
9 de Julio 785

MENDOZA

CENTRO INTERNACIONAL DEL LIBRO
Galería Tonsa, Loc. A 26

San Rafael

MISIONES

POSADAS
LIBRERIA PELLEGRINI
Colón 280, Loc. 12 y 13

NEUQUEN

JUNIN DE LOS ANDES
"LA POSTA"
Ruta Complementaria "D"

RIO NEGRO

GRAL. ROCA
QUIMHUE LIBROS
España 452

SALTA

LIBRERIA SALTA
Buenos Aires 29

SAN JUAN

LIBRERIA SAN JOSE
Rivadavia 183

SANTA FE

ROSARIO
LIBRERIA ALBERTO DANIEL
San Martín 619

LIBRERIA AMERICA LATINA
Sarmiento 778, Loc. 2

LIBRERIA LA MEDICA
Córdoba 2901

SANTA FE
LIBRERIA COLMEGNA
San Martín 2546

RAFAELA

Precio de

ARGENTINA:
Nº 144 al 134

COLOMBIA: $ 7.-
MEXICO: $ 5

URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50